



Digital Commons@

Loyola Marymount University
LMU Loyola Law School

Con-spirando

Women's and Gender Studies

3-2001

Nº35: Muertes, pérdidas y duelo

Colectivo Con-spirando

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.lmu.edu/con-spirando>



Part of the [Feminist, Gender, and Sexuality Studies Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Colectivo Con-spirando, "Nº35: Muertes, pérdidas y duelo" (2001). *Con-spirando*. 34.
<https://digitalcommons.lmu.edu/con-spirando/34>

This Book is brought to you for free and open access by the Women's and Gender Studies at Digital Commons @ Loyola Marymount University and Loyola Law School. It has been accepted for inclusion in Con-spirando by an authorized administrator of Digital Commons@Loyola Marymount University and Loyola Law School. For more information, please contact digitalcommons@lmu.edu.

REVISTA LATINOAMERICANA DE ECOFEMINISMO, ESPIRITUALIDAD Y TEOLOGIA

CON-SPIRANDO



muertes, pérdidas y duelo

Pensamos la muerte no sólo como esa experiencia fundamental que termina con nuestra existencia corporal individual, sino, también, las muchas muertes que acontecen a lo largo de nuestras vidas: pérdidas, separaciones, cierre de etapas, cambios tan grandes que bien ameritan un trabajo de duelo. O, en otro nivel, la muerte de los mitos, las ideologías, a cuyo alero hemos dado sentido a nuestras vidas. O la muerte inherente a la dinámica del universo. Indagamos en la dificultad de poner en palabras todo lo que rodea la experiencia de “la” muerte y “las” muertes. La dificultad de integrar la/las muerte/es en nuestras vidas. Tanto a nivel personal como social. En un esfuerzo por asimilarla, construimos discursos sobre “malas” y “buenas” muertes: hay formas de morir que nos parecen aceptables, susceptibles de ser integradas en una estructura de sentido; otras no. Cantamos la/s muerte/s también: imaginarios culturales sobre la/s muerte/s pueden ser rastreados en las canciones que nos han reunido, generacionalmente, comunitariamente. O buscamos apropiarnos de los ritos que rodearán nuestra propia muerte.

Ligado a las experiencias de la/s muerte/s aparece el tema del duelo. ¿Cómo hacemos el “trabajo de duelo” en contextos que hacen lo posible por negar la/as muerte/s? Los sueños, propone alguien, por ahí, pueden guiarnos en este proceso.

La obsesión por “dar vuelta la página”, por “pensar en el futuro”, empuja, a veces de manera violenta, a olvidar lo más pronto posible a los/as muertos/as—y a la/s muerte/s. Cuando esto ocurre a nivel social, el duelo, o más bien su ausencia, se transforma en un hecho político. Mucho sabemos de eso, quienes vivimos las dictaduras militares de los 70-80 en América Latina.

Tal vez, nos vendría bien, pensamos, reconocer la/s muerte/s como parte de una dinámica, inherente a la vida, de apego y desapego, retención y desprendimiento, integración y disolución... Por alguna razón hemos aprendido a privilegiar un término de estas oposiciones y hacemos lo posible por evitar el otro. Nos cuesta soltar, dejar ir, abrir espacio a lo nuevo desconocido. Abrazar *la incógnita en todo su esplendor*.

INTRODUCCION

Luz María Villarroel*

LA INCOGNITA EN TODO SU ESPLENDOR (notas sobre la muerte)

Este es el segundo número de la revista Con-spirando dedicado a la muerte (ver N°10).

Una de las vertientes de nuestra reflexión como colectivo editorial ha sido abrir e instalar temas relacionados con los ciclos: ciclos que se abren a otros ciclos, ciclos cuya comprensión jamás se agota, ya sea porque cambia nuestra percepción de ellos, ya sea porque el foco de atención es otro. Así es como volvemos a la muerte, pensando, esta vez, especialmente, en qué nos pasa con esto del morir, con esto del dejar, del perder.

La “hermana muerte” nos visitó muy directamente a través de la partida de Madonna Kolbenschlag (ver artículo de Mary Judith Ress en este número, p. 29) Esta experiencia nos marcó a unas y otras de distinta manera: como parteras de la muerte, en el duelo, cantando por la calle canciones que hablan de la muerte, instalando a la muerte de una forma más cercana. Yo me quedé pegada a la muerte como abeja a la miel.

La presencia de la muerte en esos cuerpos exánimes me produce la sensación en el estómago de estar apenas separadas/os —por un espejo o una delgada lámina— de otra realidad.

* Luz María Villarroel, integrante del Colectivo Con-spirando, transita por la diagramación, la educación, en talleres de danza/meditación, en el dibujo y baile flamenco.

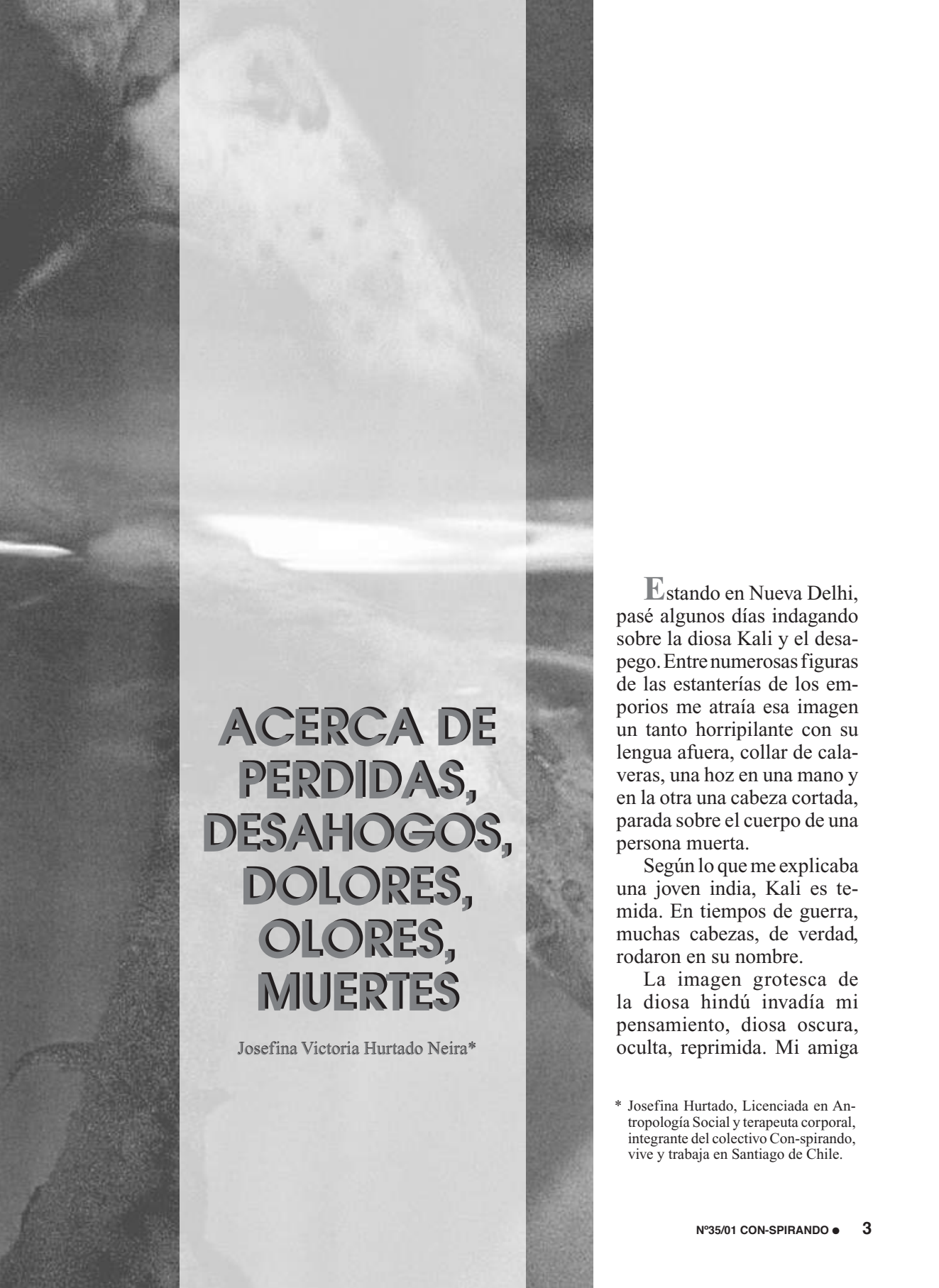
La muerte: cargada de información, de simbologías, de ritmos, mensajes, códigos. Tantas veces hemos expulsado a la muerte, la enfermedad y el dolor de nuestra vida cotidiana hemos apartado a nuestros hijos e hijas de su cercanía, y nos hemos perdido la información contenida en estas experiencias.

La muerte: me atrae profundamente esta sensación de acercarse a toda posibilidad... tan cerca al “más allá”, al enigma de esa puerta que se abre con la cercanía de la muerte.

Cuando alguien nace pocas personas se preguntan: ¿Qué había antes de la venida de este ser? ¿De dónde viene? —que fue una pregunta que me hizo mi hijo cuando niño: ¿Dónde estaba antes de nacer? Con la muerte sí aparece la incógnita en todo su esplendor: es como una cachetada cósmica, una y otra vez, golpeando y golpeando. No te deja la posibilidad de hacerte la lesa, así es de tajante, visible, ineludible, implacable: instalada.

Y aquí estamos ahora, seres humanos que pensamos, vemos, olemos, palpamos y escuchamos; aparentemente conscientes... sin entender un carajo.

¿Develeramos algo de lo que nos pasa con la señorita muerte, la calaca, la pelona, en el encuentro con este número dedicado a ella? ☘



ACERCA DE PERDIDAS, DESAHOGOS, DOLORES, OLORES, MUERTES

Josefina Victoria Hurtado Neira*

Estando en Nueva Delhi, pasé algunos días indagando sobre la diosa Kali y el desahogo. Entre numerosas figuras de las estanterías de los emporios me atraía esa imagen un tanto horripilante con su lengua afuera, collar de calaveras, una hoz en una mano y en la otra una cabeza cortada, parada sobre el cuerpo de una persona muerta.

Según lo que me explicaba una joven india, Kali es temida. En tiempos de guerra, muchas cabezas, de verdad, rodaron en su nombre.

La imagen grotesca de la diosa hindú invadía mi pensamiento, diosa oscura, oculta, reprimida. Mi amiga

* Josefina Hurtado, Licenciada en Antropología Social y terapeuta corporal, integrante del colectivo Con-spirando, vive y trabaja en Santiago de Chile.



Jörg Zink

India estaba un tanto extrañada por mi interés en ella y no en Ganesha, por ejemplo, el dios hombre/elefante, tierno y juguetón, presente en las entradas de tiendas y casas. Finalmente, me dijo que en India, a Kali también se la relaciona con la magia negra. A mí, personalmente, me llegaba su fuerza para cortar amarras y apegos. Me interesaba la posibilidad de condensación y proyección que contiene su imagen, de todo aquello que habitualmente no reconocemos como parte nuestra.

Al visitar algunos templos hindúes también pude apreciar que dioses y diosas contenían en sí características muy humanas, tales como la ignorancia y la torpeza (Hanuman, el dios hombre/mono); la ternura y lo lúdico (Ganesha, el dios hombre/elefante). Kali, en ese panteón, tiene su lugar. Para algun@s, desde otra mirada, fuera de la cultura india, Kali “Nos quita una imagen falsa y nuestras máscaras. Ella refleja lo que hemos rechazado o no queremos tomar en cuenta. Es el gran arquetipo de la sombra”. (Ver Diosas y Arquetipos. En memoria de Madonna Kolbenschlag, Santiago de Chile, Colectivo Con-spirando, 2000).

Duelo y experiencia personal

A la vuelta de este viaje a la India, de paso por Inglaterra, y ya obsesionada con el tema, por coincidencia, llego a alojar a la casa de un amigo

que había quedado viudo hace tres meses. Me cuenta que él y su esposa llegaron a vivir a esa casa en la campiña cercana a Londres cuando ella ya estaba desahuciada. Desde su ventana pudo ver la siembra, crecimiento y cosecha de un gran potrero. Luego murió. Mi amigo revivió los últimos meses, su dedicación al cuidado de su esposa y el acompañamiento final, cuando la acurrucó y cantó canciones de cuna hasta que su cuerpo descansó.

Aunque nunca había estado en Inglaterra, mi visita se concentró en esa pequeña casa en el campo, mirando desde la ventana el gran potrero, las fotos de las hij@s, el nieto, escuchando y leyendo lo que mi amigo leía sobre el duelo, tratando de ayudarse a sí mismo. Hablamos de muchas muertes, del exilio, de los intentos de retorno, de las rupturas con amigos y familias, de los desencuentros, de los nuevos intentos.

Entonces me acordé de otro momento de conexión con el duelo y la muerte. También fue en un viaje. A principios de los 90 estuve en Nuremberg, en casa de una pareja de alemanes muy vinculada a los derechos humanos. Habían vivido en Perú y se notaban las añoranzas: arpilleras en las paredes, libros de revoluciones, música de Víctor Jara. Al quedarme sola en esa casa, en un país lejano, por primera vez tomé conciencia de mis propias pérdidas durante la

dictadura militar en Chile: mi hermana mayor se fue del país el 73; mis clases de ruso se suspendieron para siempre, junto con otros proyectos; mi padre murió el 81 —creo que de rabia e impotencia. Pero en esos días esto era menor e insignificante comparado al sufrimiento de personas que habían sido torturadas o muertas.

También me di cuenta que en mi historia de vida, desde muy pequeña, había tenido un aprendizaje en torno a las despedidas y a los abandonos. A los seis años dejaba por tercera vez una ciudad. Pero esta vez ya tenía una ligazón muy fuerte con la ciudad y su entorno: un cerro donde íbamos a encumbrar volantines, la plaza con cisnes de cuello negro y hasta una visión panorámica de la ciudad y sus alrededores, porque todos los domingos la sobrevolábamos en avioneta. Sobre todo, tenía una gran relación afectiva con la mujer que me cuidaba, de la cual me tuvieron que “despegar” cuando el tren partía. Creo que inconscientemente en ese momento hice un corte con los apegos y los cariños. Era mejor no querer para no llegar a perder.

Según la lectura de mi amigo, sobre las etapas del duelo (ver recuadro), yo habría quedado “pegada” en la primera etapa, porque bloqueé ese recuerdo (negándolo) hasta que en un taller, haciendo una imagería, buscando mujeres significativas en mi historia

de vida, apareció Griselda y con ella el dolor del desgarró. Ese dolor, con esa calidad de presencia en el cuerpo, lo he vuelto a sentir cada vez que he experimentado una separación, ya sea de hijas (cuando se han ido de la casa), pareja (por separación) o padre (por muerte). Y ahora me doy cuenta, que en una intensidad mucho menor, hasta cuando tengo que “soltar” un artículo o cualquier producción mía.

Entonces, según lo que voy viendo, al escribir acerca del duelo y la muerte a partir de mi experiencia, aprendemos a relacionarnos con la muerte desde las primeras y más cercanas pérdidas en la vida cotidiana; aprendemos a reconocer las imágenes o símbolos que permiten interactuar con ella, tanto como aquello que no se dice ni se nombra respecto a la muerte.

Duelo y comunidad

Volviendo a las etapas del duelo, constato que lo que vivimos individualmente también lo vivimos como colectivo, comunidades, países. Y pienso que justamente ahora que estamos viviendo un proceso de reconocimiento del atropello a los derechos humanos en Chile, much@s comienzan a sentirse muy incómod@s, porque simplemente no quieren hablar ni saber más de los cuerpos torturados y desaparecidos. Huele a podrido. No toleran ese hedor. Mejor echar tierra encima y buscarle

algún sentido a esas “malas muertes”, con frases tales como “siembra tormentas y cosecharás tempestades”,

aprendemos a relacionarnos con la muerte desde las primeras y más cercanas pérdidas en la vida cotidiana; aprendemos a reconocer las imágenes o símbolos que permiten interactuar con ella, tanto como aquello que no se dice ni se nombra respecto a la muerte

justificando lo injustificable.

Constato que me cuesta hablar sobre la muerte y las muertes con tanto sin decir en el aire. Es como estar atorada, con ideas que se cruzan y se van: la caravana de la muerte, el infarto al miocardio fulminante de mi padre, los cuerpos que no aparecen, los cuerpos fragmentados. Una hija de detenido desaparecido decía en televisión: “lo único que tengo son tres dientes de mi padre”. Como sociedad, como grupo, cómo cerramos, cómo sanamos, cómo hacemos el duelo. El aire no pasa, empiezo a sentir una sensación de angustia y dolor. No es el desgarró claramente identificado por la separación. Es algo mucho más indefinido, en el aire, ese hedor...



LAS ETAPAS DEL DUELO*

Hay evidencias de que todos los seres humanos sufren la pérdida en un grado u otro. L@s antropólog@s que han estudiado otras sociedades, sus culturas y sus reacciones a la pérdida de un ser querido reportan que cualquiera sea la sociedad que se estudie en cualquier parte del mundo, hay un intento casi

universal por recuperar el objeto perdido, y/o hay una creencia en una vida después de la muerte donde se producirá un reencuentro con el ser querido.

¿Es el duelo una enfermedad?

La tesis de George Engel, psiquiatra de la Universidad de Rochester, consiste en que la pérdida de un ser querido es un evento tan traumático psicológicamente como ser herido de gravedad o quemado. Por lo tanto, Engel asimila el proceso de duelo con el proceso de sanar. El duelo —la adaptación a la pérdida— involucra las cuatro etapas delimitadas más abajo. Es esencial que la persona en duelo complete estas etapas antes de que su duelo pueda ser concluido. Si quedan etapas de duelo incompletas, se puede complicar el desarrollo y crecimiento futuros. Aunque las etapas no siguen necesariamente un orden específico, hay algún grado de ordenamiento sugerido en las definiciones. Debido a que el duelo es un proceso y no un estado, las etapas que siguen requieren un esfuerzo y, por eso, decimos con frecuencia que una persona está haciendo un “trabajo de duelo”.

Las cuatro etapas del duelo

Etapas I: Aceptar la realidad de la pérdida

Cuando alguien muere, incluso si la muerte es esperada, siempre hay una sensación de que no ha sucedido. La primera etapa del duelo es enfrentar de

llo la realidad de que la persona está muerta, que la persona se ha ido y no volverá. Parte de la aceptación de la realidad es llegar a la creencia de que la reunión es imposible, por lo menos en esta vida.

Lo opuesto a la aceptación de la realidad de la pérdida es no creer a través de algún tipo de negación. La negación puede llevarse a cabo en varios niveles y tomar varias formas, pero contempla con mayor frecuencia los hechos de la pérdida, el significado de la pérdida o la irreversibilidad de la pérdida

Etapas II: Experimentar el dolor del duelo

La palabra alemana *Schmerz* es apropiada al hablar de dolor porque su definición más amplia incluye el dolor literalmente físico que muchas personas experimentan con la pérdida, además del dolor emocional y conductual. Es necesario reconocer y trabajar este dolor o se manifestará a través de algún síntoma. No todas las personas experimentan la misma intensidad de dolor ni lo sienten de la misma forma, pero es imposible perder a alguien a quien se ha estado profundamente apegado sin experimentar algún nivel de dolor.

Puede haber un sutil intercambio entre la sociedad y la persona en duelo que haga que la completación de la Etapa II se dificulte. La sociedad puede sentirse incómoda con los sentimientos de la persona en duelo y así entregar, de manera sutil, el mensaje, “no necesitas estar en duelo”.

La negación de esta segunda etapa, la de trabajar el dolor, es no sentir. A veces las personas detienen el proceso evitando pensamientos dolorosos. Usan procedimientos de detención del pensamiento para alejarse de los sentimientos de disforia asociados a la pérdida. La idealización del fallecido y la evitación de lo que pueda recordar al fallecido son otras formas en que las personas se alejan de completar la Etapa II.

Etapas III: Aprender a vivir en un ambiente en

el que falta el fallecido

La adaptación a un nuevo ambiente tiene significados distintos para diferentes personas, dependiendo de cómo era la relación con el fallecido y la variedad de roles que desempeñaba. A muchas viudas les toma un considerable período de tiempo darse cuenta de lo que significa vivir sin sus maridos. Este hecho comienza a hacerse evidente aproximadamente tres meses después de la pérdida e involucra llevar a buen término el hecho de vivir sola, criar sola a sus hijos, enfrentar una casa vacía y encargarse sola de las finanzas.

No completar la Etapa III es no adaptarse a la pérdida. Las personas trabajan en contra de sí mismas promoviendo su propia incapacidad, al no desarrollar las habilidades que necesitan para enfrentar la situación, o al retirarse del mundo y no encarar los requerimientos de su ambiente. Sin embargo, la mayoría de las personas no toman este camino negativo. Normalmente deciden que deben desempeñar los roles a los cuales no están acostumbrados y desarrollar habilidades que nunca tuvieron.

Etapas IV: Retirar la energía emocional y reinvertirla en otra relación

La cuarta y última etapa en el proceso de duelo es llevar a cabo un retiro emocional de la persona fallecida para que esta energía emocional pueda ser reinvertida en otra relación.

Muchas personas entienden mal esta cuarta etapa y necesitan ayuda con ella, especialmente en el caso de la muerte de un esposo/a. Creen que si retiran su apego emocional están de alguna manera deshonrando la memoria del fallecido. En algunos casos les asusta la posibilidad de reinvertir sus emociones en otra relación, porque esta también podría terminar en una pérdida.

Es difícil encontrar una frase que defina ade-

Los antropólogos que han estudiado otras sociedades, sus culturas y sus reacciones a la pérdida de un ser querido reportan que cualquiera sea la sociedad que se estudie en cualquier parte del mundo, hay un intento casi universal por recobrar el objeto perdido, y/o hay una creencia en una vida después de la muerte donde se producirá un reencuentro con el ser querido.

cuadramente la no completación de la Etapa IV, pero pienso que la mejor descripción sea quizás no amar. La cuarta etapa se puede ver frenada por el aferramiento al pasado en lugar de seguir adelante y formar nuevos vínculos. Algunas personas encuentran tan dolorosa la pérdida, que hacen un pacto consigo mismos para nunca volver a amar.

¿Cuándo termina el duelo?

Preguntarse cuando termina el duelo es un poco como preguntarse ¿cuán alto es arriba? No hay una respuesta preparada. Desde mi punto de vista, el duelo termina cuando se completan las etapas del duelo. Es imposible fijar una fecha definitiva para esto.

Una marca de un duelo completado es cuando una persona puede pensar en el fallecido sin dolor. Siempre hay un sentimiento de tristeza cuando piensas en alguien que amaste y has perdido, pero es una tristeza diferente —no tiene la cualidad dolorosa que solía tener. También el duelo se ha terminado cuando una persona puede reinvertir sus emociones en la vida y el vivir.



Fuente: Worden, W. (1991) Grief Counselling and Grief Therapy: a Handbook for the Mental Health Practitioner, 2ª Edición, Nueva York, Springer.

Traducción: Peter Molineaux.

Selección de textos: Ute Seibert.

No todas las personas experimentan la misma intensidad de dolor ni lo sienten de la misma forma, pero es imposible perder a alguien a quien se ha estado profundamente apegado sin experimentar algún nivel de dolor.

Preguntarse cuándo termina el duelo es un poco como preguntarse ¿cuán alto es arriba? No hay una respuesta preparada. Desde mi punto de vista, el duelo termina cuando se completan las etapas del duelo.

Pueden haber negociaciones y total desacuerdo entre los sobrevivientes respecto a si una muerte particular fue 'buena' o 'mala' y esto es parte del diálogo que rodea una muerte. Las 'buenas' muertes, por lo tanto, no son automáticas, sino creadas a través del discurso.

BUENAS Y MALAS MUERTES

Un hombre debería morir en su choza, acostado en su cama, con sus hermanos e hijos rodeándolo para escuchar sus últimas palabras; debería morir con su mente aún alerta y debería ser capaz de hablar claramente, aunque sea sólo suavemente; debería morir pacíficamente y con dignidad, sin incomodidad corporal o disturbio; debería morir en el tiempo que él ha previsto como el tiempo de su muerte, de tal manera que sus hijos y hermanos estén presentes; debería morir ama-

do y respetado por su familia. Debería morir físicamente cuando todas estas condiciones estén o puedan ser cumplidas y cuando él espere que sea porque ha dicho sus últimas palabras y estas han sido aceptadas por sus parientes.

Lubdara de Uganda, Middleton 1982: 142.

En cualquier cultura hay formas aceptables de hablar acerca de la muerte. Para los Laymi bolivianos el tiempo de la muerte es condimentado con conversaciones acerca de la hediondez del cuerpo. Miembros de la familia de deudos que visitan al difunto al lado de su cama hablan acerca del hedor del cuerpo. Harris hace notar que siempre se usa el mismo término de disgusto (*wali th* 'usqa), y ella sugiere que esta costumbre de hablar en estos términos sirve a propósitos de categorización más que a propósitos descriptivos o fácticos (1982:50). No es que el cuerpo recientemente muerto hieda tanto, sino más bien que usar tal expresión significa que la persona está muerta (Harris 1982).


Durante mi investigación, me impactó la frecuencia con la que fui informada de que las muertes eran buenas, malas, naturales o no naturales. A partir de mis hallazgos de investigación argumentaré que la forma de hablar de la muerte en estos términos cualitativos sirve al mismo propósito para la cultura británica contemporánea que la descripción del cuerpo como hediendo para los Laymi. Estos discursos acerca de la muerte, o 'reconstrucciones narrativas', a menudo hacen uso de figuras del habla o metáforas como medios de expresión (Radley 1994). Estos esfuerzos de hacer sentido del mundo descansan en los fundamentos más profundos de nuestras construcciones sociales de la vida y de la muerte. (Ver Berger y Luckmann 1967).

Los antropólogos Bloch y Parry (1982) argumentan que aquellos grupos que adhieren a modelos de buenas muertes también tienden a creer que estas buenas muertes tienen alguna clase de potencial regenerativo. Esto puede tomar la forma de renacimiento para el difunto —ellos murieron una buena muerte y ellos nacen a la vida después de la vida— o para el grupo como un todo, en el cual las buenas muertes son vistas como buenas para las cosechas, el tiempo o para los miembros del grupo que aún no han nacido.

Ellos argumentan que morir una 'buena' muerte satisface el deseo muy humano de manipular la naturaleza. Un elemento esencial en este discurso es la oposición de 'bueno' contra 'malo'. No podemos tener uno sin el otro. Muertes 'incontroladas' o impredecibles, tales como aquellas causadas por accidente o suicidio, son vistas como 'malas' muertes e imposibilitan la posibilidad de

regeneración, tanto para el difunto como para los sobrevivientes. Aun así, las muertes malas son muy útiles. A menudo recaen sobre aquellos que no se han portado bien o sobre aquellos que están al margen de la sociedad. La amenaza de morir una mala muerte actúa como una advertencia para todos respecto a cómo deben comportarse.

Pueden haber negociaciones y total desacuerdo entre los sobrevivientes respecto a si una muerte particular fue 'buena' o 'mala' y esto es parte del diálogo que rodea una muerte. Las 'buenas' muertes, por lo tanto, no son automáticas, sino creadas a través del discurso. Desarrollando este tema de negociación, Bloch y Parry se refieren a las diferencias sutiles, discutidas primero por Dukheim en 1898, entre suicidio negativamente sancionado y autosacrificio positivamente sancionado. Un grupo social que está en guerra es proclive a promover el concepto de una buena muerte para los hombres jóvenes y saludables —un 'buen' sacrificio. Sin embargo, señalan estos autores, algunas veces puede haber desacuerdo acerca de en cuál categoría, autosacrificio o suicidio, encaja una muerte. Por ejemplo, una muerte por huelga de hambre podría ser vista de diferentes formas de acuerdo a nuestro punto de vista político.

Bloch y Parry (1982) señalan cómo las prácticas fúnebres son, a menudo, eventos políticos que tienen que ver con la legitimización de la autoridad. Esto explica la misteriosa falta de ritos funerarios y de representaciones asociadas a muertes 'buenas' o 'malas' entre grupos cazadores-recolectores, los cuales tienen organizaciones sociales sumamente simples. Como Bloch y Parry señalan, 'cuando no hay autoridad trascendental a ser creada, los muertos pueden dejarse solos' (1982: 42). Este es un punto significativo. Las representaciones de la muerte como buena o mala no están dadas psicológicamente, expresadas por individuos y compartidas entre ellos, sino que son formas culturalmente prescritas de ver la muerte que sirven para delinear el orden social. 

Fuente:

Mary Bradbury. *Representations of Death. A Social Psychological Perspective*. Routledge, London, 1999. Cap. 6. "Representaciones sociales de la muerte", pp. 141-163.

Traducción y selección de textos:

Josefina Hurtado N.

LA ACEPTACION DE LA MUERTE

Gloria Salazar Rosas*

Tricia Guild

En toda cultura la muerte aparece como un hecho con ciertas significaciones. Puede considerársele como una puerta de acceso a otra forma de existencia: tal vez a un cielo al que se llega después de haber tenido cierto tipo de comportamiento considerado positivo a través de la vida, tal vez a espacios de reflexión dolorosa o de sufrimiento y expiación.

* Gloria Salazar Rosas es psicóloga, ha investigado en temas de sexualidad y sus aspectos psicosociales, vive, sueña y trabaja en Santiago de Chile. Este es un extracto de su presentación en el Seminario Vivir, morir, permanecer: medicina, antropología y ética, organizado por CIBISAP, Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Santiago de Chile en 2000.

La muerte puede significar una pérdida temporal del contacto con los seres queridos, con los que se espera tener un reencuentro en una forma diferente. Es el caso de las culturas y/o personas que creen en la reencarnación.

Lo que ocurrirá después de la muerte aparece en muchos casos como una consecuencia de la forma de vida, forma de vida que algún poder terreno impone o señala, con el aval de una espiritualidad que requiere expresión.

Esto alude inmediatamente a los imaginarios colectivos acerca de la muerte, compartidos por los miembros de una determinada cultura. Por ejemplo —a diferencia de lo que ocurre en nuestra cultura— los aztecas daban mayor importancia a la forma en que un guerrero moría, que a la forma en que había vivido. Era el sacrificio ritual, o la muerte en la batalla, lo que le hacía merecedor de una existencia honrosa y grata en el más allá.

Me pregunto si no tenemos —acaso— nuestros propios sacrificios finales: agotar la vida, exprimir hasta lo último lo que va quedando de energía, realizando procedimientos varios encaminados a salvarnos. Sí, salvarnos de algo inminente, ya sea por nuestro propio temor a la muerte o el temor de otros.

Las culturas entregan argumentos para espantar la muerte, escondites para que le sea más difícil encontrarnos, albergues para refugiarnos de

su inminencia, cábalas para conjurarla, promesas para aceptarla. Sin embargo, por —y al mismo tiempo— a pesar de este imaginario colectivo, cada uno/a de nosotros/as, como ser humano, vivencia un particular imaginario de la muerte. Y es en este punto donde todos somos iguales.

Pérdida y duelo

Todos los seres humanos vivenciamos continuamente pérdidas, como parte integral de nuestro ser personas. Desde el nacimiento estamos separándonos de alguna persona significativa. Como una primera experiencia, nos separamos del cálido abrigo del útero materno; más tarde sufrimos el destete, alejándonos así de nuestra principal fuente de seguridad. A lo largo de la vida vamos vivenciando diversas separaciones: de la madre, del hogar, del padre, del colegio, de la familia de origen; las que manejamos con los recursos que tenemos a nuestro alcance, y que supuestamente nos conducirán a una adultez madura, la que, sin embargo, guarda en lo más profundo el eco de las primeras y más dolorosas separaciones.

Las experiencias primarias de alejamiento y pérdida hacen aparecer en nosotros una fuerte frustración, que muchas veces se expresa en agresiones hacia el objeto perdido; o hacia nosotros mismos, creyéndonos causantes de esas pérdidas. Es el cariño que

recibimos en esas tempranas épocas de nuestra vida lo que facilita el proceso de elaboración del duelo ocasionado por cada una de esas sucesivas pérdidas, por las ausencias de las personas o de los objetos amados.

Pero, ¿en qué consiste realmente el proceso de duelo? Es un largo trabajo que requiere vivir a fondo las emociones provocadas por la relación histórica con el objeto amado, reconocer lo que se siente por su desaparición; requiere la revisión de lo que creemos puede ser nuestra responsabilidad en la pérdida. Y también supone reconocer eventuales sentimientos de agresión hacia el objeto perdido, por habernos abandonado; o sentimientos de minusvalía, por no ser merecedores de su presencia. Hablamos, entonces, de “elaborar” el duelo, cuyo resultado, más o menos exitoso, consiste en crear un nuevo vínculo, más maduro, con el objeto desaparecido.

Pero no todo lo que hacemos para sobrevivir después de una pérdida tiene esta connotación a la vez dura y positiva. Muy a menudo desarrollamos mecanismos de defensa, que se basan en las más primarias respuestas adaptativas a un medio hostil:

1. Frente a una pérdida y la sensación de estar amenazado por algo desconocido, y muchas veces inmanejable puede responderse con temor, el que se conjura con respuestas agresivas. A esta

1. Tengo derecho a que se me trate como ser humano hasta el fin de mi vida.
2. Tengo derecho a mantener la esperanza, aunque vayan cambiando los motivos de mi esperanza.
3. Tengo derecho a ser cuidado/a por personas que me ayuden a mantener mi esperanza, aunque cambien los motivos de mi esperanza.
4. Tengo derecho a expresar mis sentimientos y emociones, a mi manera, en relación con la cercanía de mi muerte.
5. Tengo derecho a participar en las decisiones que se vayan a tomar en relación con los cuidados que se me prestarán.
6. Tengo derecho a recibir atención personal, sanitaria, aunque sea evidente que no voy a sanar.
7. Tengo derecho a no morir sola o solo.
8. Tengo derecho a no pasar dolor.
9. Tengo derecho a recibir respuesta verdadera a mis preguntas.
10. Tengo derecho a no ser engañada/o.
11. Tengo derecho a recibir la ayuda de mi familia, a fin de aceptar mi muerte, y mi familia tiene derecho a recibir ayuda para aceptar mi muerte.
12. Tengo derecho a morir en paz y con dignidad.
13. Tengo derecho a conservar mi individualidad y a no ser criticada/o si mis decisiones son contrarias a las creencias de aquellos/as que me cuidan.
14. Tengo derecho a discutir y compartir mis experiencias religiosas, aunque sean diferentes de las de otros u otras.
15. Tengo derecho a ser cuidado por personas capaces de compasión y de sensibilidad, competentes en su profesión, que se esforzarán en comprender mis necesidades y que sean capaces de encontrar gratificación en el apoyo que me prestarán cuando sea confrontada/o con mi muerte.
16. Tengo derecho a esperar que se respete mi cuerpo después de la muerte.
17. Tengo derecho a tener un funeral de acuerdo a mis creencias, aunque sean diferentes de las de otros u otras.

etapa temprana corresponde la venganza frente a lo sucedido. Pero también puede darse la depresión profunda, como forma de autocastigo por la pérdida.

2. En otra etapa se niega la importancia de lo acaecido, y se “baja el perfil” de lo ocurrido. Suelen emplearse expresiones como “no es para tanto”; “a todo el mundo le pasa”. Sin duda, esto último es absolutamente cierto, pero no contribuye por sí solo a comprender ni a contener el dolor.

3. Sigue una etapa en que se facilita la integración del dolor y el amor por el ser desaparecido, el miedo por la pérdida, la rabia por el abandono, el sentimiento de soledad; pero no soluciona la situación del doliente por completo.

4. La cuarta fase, que no todos alcanzamos necesariamente, siendo la más deseable, es la que nos permite hacernos cargo del dolor, aceptar la inevitabilidad de toda pérdida, y también la propia muerte.

¿Sólo así he de irme?

Las experiencias de pérdida de un otro, por causa de muerte, reviven las pérdidas tempranas. Pero no sólo eso: nos remiten también a nuestra propia mortalidad, nos hacen preguntarnos por la importancia relativa o por la futilidad de nuestros diarios quehaceres.

Las religiones han tratado de dar respuesta a estas dudas, a estos anhelos de inmanencia

y trascendencia. A solas con nosotros mismos, o frente al ser querido que pronto nos dejará, tenemos una fuerte sensación de abandono y orfandad, que vivenciamos con las herramientas que las experiencias de anteriores pérdidas nos han dejado.

Porque, a pesar de que a lo largo de nuestra vida nos rodea la desaparición de personas queridas, la pérdida de relaciones con otros significativos, el abandono de actividades, o los cambios que amenazan nuestra estabilidad, aún estamos confundidos. Es completamente humano desear seguridad, permanencia.

Como reflexiona el maestro tibetano Sogyal Rimpoché: “¿Por qué vivimos en tal terror a la muerte? Porque nuestro deseo instintivo es vivir y seguir viviendo, y la muerte es el cruel fin de todo lo que consideramos familiar. Tenemos la sensación de que cuando llegue nos veremos sumergidos en algo del todo desconocido, o que nos convertiremos en alguien completamente distinto. Imaginamos que nos encontraremos perdidos y confusos en un ambiente extraño y aterrador. Nos imaginamos que será algo así como un despertar en medio de una tormenta de ansiedad, solos en un país extranjero, sin conocer el territorio ni el idioma, sin dinero, sin conocer a nadie, sin pasaporte, sin amigos...”.

El, así como otros maestros espirituales, piensa que tal vez la razón más profunda del

miedo a la muerte es que ignoramos quiénes somos. Nuestra imagen está constituida por datos históricos, por dependencias afectivas, por objetos, por relaciones. La muerte —o su inminencia— parece poner final a esas situaciones que nos dan un lugar en esta existencia; y relativiza la importancia de todos esos elementos que nos proporcionan seguridad.

Creo que aún no comprendemos claramente la necesidad de dar a la muerte un espacio en la vida, con el respeto que merece una situación tan importante.

La muerte es —para quien se aproxima a esa experiencia— la pérdida de su mundo conocido, familia, amigos, amores, tareas cotidianas, recuerdos. Es el momento de mayor pérdida, de modo que debería ofrecérsele el mayor apoyo. Es este sentimiento de temor ante la pérdida de la imagen de sí mismo lo que ha inspirado hace varios siglos estos versos:

“¿Sólo así he de irme?
¿Como las flores que perecieron?

¿Nada quedará en mi nombre?
¿Nada de mi fama aquí en la tierra?

¡Al menos flores! ¡Al menos cantos!”

Canto de Huexzotzingo

CRUCE CULTURAL EN LA TRAVE- SIA DE LA MUERTE*

En las sociedades tradicionales de pueblos nativos de Norteamérica, la muerte era vista como una continuación de la vida, un cambio de mundos y no como un final. Muchos pueblos creían que existe un lugar hacia el cual el alma viaja cuando esta abandona este plano terrenal.

Entre los Omaha, después que una mujer ha muerto, ésta era rápidamente quemada en una fosa de poca profundidad, arriba del cerro, y se mantenía un fuego sobre su tumba durante cuatro noches, así la luz la animaba mientras viajaba hacia el otro mundo.

Los Papagos del sur de Arizona quemaban la choza donde vivían si alguien fallecía allí. A menudo el o la moribunda era trasladada a otro lugar para evitar que su casa fuera destruida. Cuando la persona estaba por morir, toda la parentela se reunía alrededor y comenzaban un ritual de gemidos que duraba hasta el entierro. El cuerpo era enterrado en una fosa de 17 a 18 cm. y arreglado tal como lucía en vida. No rellenaba la tumba con tierra, sino que la techaban como una casa. Los Papagos creían que las almas de sus muertos podían volver en forma de lechuza cada vez que sentían una profunda añoranza por alguno/a de sus familiares.

Para los Navajos, todo lo relacionado con la muerte era temido; cuando alguien moría en su choza, al igual que los Papagos, ésta era quemada y el cuerpo trasladado de lugar. De ser posible, tenían a alguien de afuera que enterrara el cuerpo, y de no ser así, cuatro de los familiares en duelo bañaban el cuerpo, lo vestían con sus mejores atuendos, incluidas las joyas que él o ella usaban. El cuerpo era escondido en una gruta apilando sobre ella piedras, barro y palos. Cuando los/

as sepultureros se reunían con el resto de la familia, todos hacían duelo por cuatro días, comiendo menos, y realizando poco trabajo. Durante un largo tiempo no se mencionaba el nombre de la muerta/o para no irritar su alma o provocarla a quedarse rondando a la familia.

Sumado a la creencia de que las almas de los muertos/as siguen viviendo, los pueblos nativos de América del Norte celebran rituales fúnebres para cada persona que muere. Las mujeres son las principales “dolientes” en la tribu, y practican el gemir y lamentarse en voz alta. El lamento y el gemido no se consideran tan doloroso como el pesar silencioso.

Junto a los ritos funerarios individuales, muchas tribus celebran un ritual anual para recordar y llorar a sus muertos.

Los Cree de Canadá entonan melancólicas canciones y bailan. Cada persona se pone de pie bailando una tras otra hasta el amanecer, al cabo de lo cual todos y todas habrán dado curso a su pesar y tristeza. Esto provee a la tribu de una catarsis anual y les permite volver a sus vidas con nuevo frescor.

A través de estas ceremonias de duelo anual, los grupos tribales descargan su dolor y son provistos de una salida a través del canto, la danza, la ceremonia para expresar la pena y la tristeza.

Los niños y niñas siempre están incluidos/as, así conocen desde pequeños que la muerte es parte de la vida.

*Fuente:

Women's Medicine Ways, Cross-Cultural Rites of Passage. Marcia Starck



CANCIONERO MORTAL

de una generación
trama simbólica / memoria musical



Tricia Guild

(Vengo a dejarles constancia de una traición
infinita)

Nadie se va a morir menos ahora

«Que se mueran los feos,

que se mueran toditos, toditos, toditos los
feos.»

«Te doy una canción»

Tu silueta va caminando, con el alma triste
y dormida, ya la aurora no es nada nuevo, pa'
tus ojos grandes y pa' tu frente

Río Manzanares, déjame pasar, mi madre
es la única estrella

Mis tres hermanos queridos se los llevó
la corriente

No prendieron ni una vela, ay que velorio
tan negro

Nos llegó este aporte de un par de
amigas que, caminando una tarde por
El Quisco —y a propósito del
tema de la muerte— juegan a
cantar versos sobre la muerte,
surgiendo la primera idea de
armar un “cancionero de la
muerte”.

El segundo paso da como
resultado una nueva propuesta,
que es la que aquí compartimos:
un itinerario suelto —así
como vaga la mente, de asociación
en asociación— una recopilación
con los emergentes de la muerte de
aquel cancionero soñado, expresado en
versos que se tejen y saltan libremente.

Las invitamos, pues, a recorrer este
itinerario —quizás nos/te lleve a traer
nuestro propio recorrido por tu can-
cionero personal y/o comunitario de la
muerte.

Por qué se fue y por qué murió, por qué
el señor me la quitó, se ha ido al cielo y para
poder ir yo

Cuando se muere la carne el alma busca
su sitio adentro de una amapola o dentro de
un pajarito

Un río de sangre corre por los contornos
del mundo

Que allá en Chinameca fue muerto a
mansalva

Qué le digo a la muerte tantas veces lla-
mada a mi lado

El que oficia la muerte como un verdugo,
tranquilo está tomando su desayuno

Qué dirá el santo padre, que vive en Roma,
que le están degollando a su paloma

El indio se cae muerto y el afuerino de pie

Correlé, correlé, correlá, correlé que te
van a matar

Ya parte la cabalgata, la jauría se desata
Exterminando chilenos, ay qué haremos,
ay qué haremos

Murió sin saber por qué le acribillaban el
pecho, luchando por el derecho de un suelo
para vivir

3600 mataron, uno tras otro
Verdad que es muerte amarga

Donde cayó Camilo hay una cruz, pero no
de madera, sino de luz

Vengo cantando esta samba, con redoble
libertario, mataron al guerrillero

Y en agonía de muerte me sucede un con-
tracaso: me quieren dar a entender que otra
goza de tus brazos

Si me muero encontrarán debajo de mi
carne otra carne, ay, otro cuerpo modelado

Cuando yo ya me haya muerto, me haya
muerto, de los gusanos comido, ay comido,
en mis huesos han de hallar —ay ja ja— huellas
de haberte querido

Sabes, hermano, lo triste que estoy... se
me ha hecho pedazos mi sueño mejor, se ha
muerto mi niño, mi niño hermano

Cinco noches que lloro por los caminos
Cinco sirenitas te llevarán

Cuando yo me muera ñaña mucho has de
llorar

Ojalá por lo menos que me lleve la muerte

La periconas se ha muerto, no pudo ver a
la meica

Yo quiero que a mí me entierren como a
mis antepasados, en el vientre oscuro y fresco
de una vasija de barro

Y en el día que yo muera mi lugar lo ocupas tú

Canción para mi muerte

Somos territorio de violencia

Basta de muerte basta, basta, basta de morir
morir morir, que se vayan ellos

A esa mujer la conozco, una voz se oyó
decir, esa mujer es la vida que no se puede morir

Le debo una canción, una a la muerte voraz

Caíste allí, junto a otros mil, cuando nació
el dolor

Escuchen yo vengo a cantar por aquellos
que cayeron

Empieza a vivir y empieza a morir de

punta a punta

Y en una hermosa plaza liberada me de-
tendré a llorar por los ausentes

Eso no está muerto, no me lo mataron, ni
con la distancia ni con el vil soldado

Que la reseca muerte no me encuentre vacío
y solo sin haber hecho lo suficiente

Quiero que me perdonen por este día los
muertos de mi felicidad

Yo estaba leyendo un libro

Sueño con serpientes

Días y flores

La rabia de muerte

En este suelo cubierto de muertos con
dignidad

La muerte no va conmigo

Cuando me acuerdo de mi país me muero
de pan, me nublo y me voy, náufrago total

La vida no vale nada si no es para perecer,
porque otros puedan vivir lo que uno disfruta
y ama

Aquí no nos detiene ni el olvido, aquí no
nos detiene ni la muerte

Sólo el amor consigue encender lo muerto

Yo soñé un agujero bajo tierra y con gente,
que se estremecía al compás de la muerte. Yo
soñé un agujero, bajo tierra y oscuro, y espero
que mi sueño no sea mi futuro

Qué dignidad tan grande la de creer siempre
en la vida, con sólo ver una flor brotando entre
las ruinas... tu canción fue más lejos que la
muerte que te hicieron

No tengas miedo ya dimos la vuelta al
espanto, un viento algo más calmo se viene
anunciando

Al final del viaje estamos tú y yo, intactas



Fuentes:

Violeta Parra, Isabel y Angel, Víctor Jara, Piero, Blops, Congre-
so, Quila, Inti, Mans, Peralta, Baglietto, Gieco, Silvio, Milanés,
Yáñez, Hernández, Ema, Juana y Pedro... y todas aquellas
personas con quienes hemos cantado juntas en encuentros,
reencuentros, peñas, tomas, festivales, reuniones, fiestas,
beneficios, cárceles, aulas, teatros, parroquias, marchas,
comisarias, bares, talleres, aeropuertos, trabajos voluntarios,
sedes, ceremonias, cumpleaños, despedidas, bienvenidas, ca-
minatas, celebraciones y otros múltiples escenarios de la vida.

LA MUERTE EN EL DESPLIEGUE DEL UNIVERSO*

Brian Swimme, en varios capítulos de su serie de videos “Cántico del Cosmos”, explora diferentes aspectos relacionados con el tema de la muerte. La muerte que aparece junto a la sexualidad; la destrucción y la violencia en el universo; la destrucción y la violencia producida por la acción del ser humano; la pérdida y el terror del ser humano a dicha pérdida. Por un lado, nos transmite su asombro acerca de este Universo donde la destrucción y la violencia forman parte de su magnífica creatividad —sin todos esos factores el Universo, la Tierra, no se desplegarían de la forma en que lo han hecho— y por otro lado, nos entrega una visión desgarradora y crítica de la situación del mundo actual en cuanto a las consecuencias de la violencia y la destrucción que provienen de la acción humana.

Jörg Zink

El origen de la muerte

La vida comenzó en los mares 4 mil millones de años atrás, con las bacterias; las primeras, los procariotas.

El próximo gran momento, yo diría que fue la fotosíntesis que ocurrió hace como 3.900 millones de años:

tenemos, entonces, criaturas que aprenden a comer el sol.

Unos 1.800 millones de años atrás, tenemos lo que se denomina la “revolución del oxígeno”. De modo que las procariotas fueron llenando la Tierra de oxígeno.

Y así esta bacteria se abrió y se tragó a esta otra, y esta-

bleció una nueva relación. Y le permitió a ésta enfrentar al oxígeno, y establecieron esta relación simbiótica.

Esta es la mitocondria presente en nuestras células y en las células de cada planta y animal, una criatura que existió en forma independiente. Tiene su propio ADN. Se divide por sí sola y se duplica por sí misma. Entonces, provenimos de esta mutua interacción en la vida.

El próximo gran suceso sería la pluricelularidad y después de la pluricelularidad tenemos la sexualidad hace unos mil millones de años. Quiere decir que la sexualidad ha existido alrededor de un 5% de lo que ha existido el universo.

Hasta este punto, cada criatura dio a luz una copia idéntica de sí misma. Idéntica en el sentido de que habría ciertas diferencias que surgirían a raíz de mutaciones genéticas, pero en su mayor parte es la misma bacteria que se auto-reproduce.

La muerte aparece, entonces, en cierto sentido, con la sexualidad. Porque con la muerte tenemos la posibilidad de que se introduzcan nuevas formas genéticas. La muerte elimina algunas formas biológicas. La

* Textos extraídos de la versión en español de los capítulos 5, 7 y 12 de la serie de videos “Cántico del Cosmos” de Brian Swimme. Brian Swimme es un científico norteamericano, autor de libros como *El Universo es un dragón verde* (Santiago: Sello Azul, 1997), y de la serie en videos, *Cántico del Cosmos*, *El Corazón del Cosmos*. Edición y selección de textos: Luz María Villarroel.

muerte libera la posibilidad del continuo descubrimiento de material genético.

Muerte, violencia y destrucción en el Universo

El Universo es un lugar de gran belleza, pero también tiene una dimensión violenta. La vida que se enfrenta a la inevitabilidad de la muerte: las civilizaciones emergen y luego desaparecen, incluso la Tierra misma se verá algún día envuelta por las llamas del sol. Vivimos en un Universo de enormes trastornos.

Nuestro sistema solar no podría haber aparecido en el mundo sin la destrucción de las estrellas que lo precedieron. En la estrella sol en este momento se consumen 4 millones de toneladas de hidrógeno cada segundo. Eso es necesario para la existencia de la Tierra. Así que este momento sólo es posible gracias a esta dinámica de destrucción y violencia, presente en todas partes del Universo.

Los dinosaurios eran extraordinarios, pero tuvieron su era. Sin la desaparición y la pérdida de los dinosaurios, los mamíferos jamás habrían surgido. Hay dos cosas que decir respecto de las extinciones. Primero, que después de una extinción hay una explosión de vida, una absoluta explosión. Repentinamente, todas las posibilidades están presentes de nuevo. ¿Por qué no estaban presentes antes? Porque estaban llenas con otras criaturas.

Vivimos en esta fabulosa aventura. Un vasto proyecto.

Respecto a esa idea de que la naturaleza es benigna, yo diría más bien que la naturaleza es todo: es benigna, es violenta, impredecible, es inteligente, es todo eso.

Tenemos que aprender a manejar la violencia. Nuestro objetivo al formular una cosmología es ayudarnos a manejar la destrucción y la violencia. Queremos aprender a manejar la violencia de manera que no nos paralice, que no nos robe energía, que no nos condene. Queremos ser capaces de manejarla con actitud creadora.

Muerte, violencia y destrucción: la acción del ser humano

Los seres humanos somos fundamentalmente agua.

Cuando bebemos el agua, no nos parece que nos estamos bebiendo a nosotros mismos, fluye hacia adentro y se convierte en nosotros.

Cuando transformamos los ríos en veneno, nos transformamos a nosotros mismos, nuestros ríos en veneno.

El agua no existe en estado líquido fuera del planeta Tierra. Es el único lugar donde existe el océano, el único lugar donde existe un río, hasta donde sabemos.

Ahora creamos sustancias químicas que penetran en el cuerpo y se dirigen directamente al centro de la célula y atacan e intervienen el ADN, y obviamente corrompen sus

componentes.

Este daño al ADN es permanente.

Admiramos las catedrales, pero debíamos estar aún más impresionados ante la perfección arquitectónica del ADN.

Otro nivel de nuestra destrucción se da en lo biológico. Sin duda, estamos destruyendo más especies que en ningún otro período en los últimos 65 millones de años. Simplemente están siendo eliminadas. Ha habido quizás cerca de mil millones de especies que han entrado en el planeta Tierra. ¿Cuántas quedan vivas hoy? Diez millones.

Esta es nuestra situación. Y por eso nos estamos reuniendo, por eso estamos trabajando en esto. Estamos en medio del sexto gran espasmo de extinción, en 600 millones de años. Es causado exclusivamente por el ser humano.

La gente habla de perder entre un millón y dos millones de especies antes del año 2.000. ¡Nosotros somos incapaces de entender eso!

Y la razón de que somos incapaces de comprenderlo es que nuestras mentes no pueden concebir la magnitud de la pérdida de especies. Nos horroriza la muerte, especialmente la muerte individual, pero no somos capaces de asimilar lo que significa la muerte de las especies.

Todos los días, 40 mil niños de cinco años o menos mueren de hambre, o desnutrición o enfermedades asociadas. ¿Por qué razón esto no aca-

para los titulares de nuestros periódicos?

El periódico es una cosmovisión, está estructurado por una cosmovisión. Y así que lo que presenta no son hechos, sino que son los hechos presentados por una cosmovisión. De modo que las noticias de los periódicos son, en realidad, el alma de la cosmovisión moderna.

Es muy importante no intentar llegar a las soluciones en este instante, a resolver los problemas, porque la mente que ocuparemos para pensar en eso es la misma mente que está causando la destrucción. Ya está moldeada. Su modo, su lenguaje, su modo de enfocar las cosas, ya está; tiene los contornos de lo que está causando destrucción.

La pérdida

Otra dinámica cosmológica (relacionada con la muerte) es “la pérdida”. Vivimos en un Universo en que las cosas se desvanecen, un Universo que hace enormes exigencias.

Descubrimos que todo el Universo nos es dado. Pero lo que se nos pide es una entrega recíproca, estamos en un lugar de intercambio. Las cosas emergen y se dan a sí

mismas, para la aventura del Universo. Los seres humanos se paralizan y se atrofian frente a esta dinámica del Universo. De manera que niega rotundamente la realidad de la pérdida.

Y esa es la exigencia, asumir la realidad de la pérdida. La maldad, el derroche, la destrucción innecesaria y sin sentido surgen cuando se insiste en esto de perdurar, de que la pérdida no sea real.

En el corazón de nuestra destrucción está la negación de la pérdida. Somos incapaces de tratar con una actitud creadora la dinámica cosmológica de la pérdida y de allí es de donde proviene

la patología de nuestra época.

Dentro de este contexto cosmológico, ¿cómo abordamos esta dinámica? Si no vamos a reprimirla, ¿cómo vamos a relacionarnos con ella?

La bola de fuego se perdió para siempre. Pérdida absoluta. La muerte o la desaparición de cualquier cosa es una pérdida fundamental, tan fundamental, tan reveladora como el Universo entero: una sola muerte.

Las cosas, las plantas, las especies desaparecen. Hasta la experiencia más arrebatadora de tu vida desaparece. Una y otra vez el Universo toma, hace esa exigencia, con la que debemos tratar.

¿A qué me refiero con aceptar la pérdida? A aceptar la pérdida como pérdida. Porque es una realidad fundamental y va asociada con el terror. Pero aceptar el terror a la pérdida significa liberar el egoísmo, el egocentrismo y la superficialidad. Esa es la promesa de la pérdida, lo que nos ofrece.

Toda creatividad tiene un costo. Esa es la ley científica de la que estamos hablando aquí. La energía es una realidad misteriosa. Es algo físico y psíquico. Las cosas desaparecen, porque el misterio necesita que las cosas desaparezcan. Esa es la dinámica cosmológica de la pérdida.

Desde la perspectiva tribal ellos lo dirían así: “Las cosas desaparecen, porque Dios las necesita”. Estamos hablando del mismo Universo; la segunda ley de la termodinámica: toda creatividad requiere de energía.

Nuestra vida debiera estar dedicada a entender que todo es pérdida de todos modos.

Luego, nuestro destino es participar en el festín. ¡Ya somos comida y en cada momento estamos sirviendo de alimento! Pero la pregunta es esta: ¿A quién estamos alimentando? ¿Para quién son nuestras vidas?

Hay un gran descubrimiento en física teórica.

Si niego mi muerte personal, entonces tengo una cantidad de tiempo infinito. Este momento es para siempre y no siento la tensión de crear lo que

Nos horroriza la muerte, especialmente la muerte individual, pero no somos capaces de asimilar lo que significa la muerte de las especies.

el mundo necesita hoy en día. De manera que caigo en la ilusión de la inmortalidad en esta forma de vida. Lo que resulta de la negación de la muerte es este afán de permanencia a cualquier precio. La sensación de pérdida nos aterra, y nosotros nos apartamos de nuestra verdadera existencia humana y nos volvemos avaros/as y codiciosos/as. Paralizarse ante la pérdida y negarla es hacinarse en la temporalidad. Por eso tenemos miedo, nos quedamos helados/as.

Si estoy convencido/a de que viviré, de que mi país vivirá para siempre, me engaño.


Porque la actual hipótesis de la física teórica indica que absolutamente todo va a desaparecer.

¡El Universo es un enorme y espectacular destello y nosotros somos parte de él! Todo será consumido por el suceso. Todo va a retornar al misterio, ¡todo! ¡Nada quedará!

Estamos conscientes de que personalmente morimos, de que las especies mueren, de que el planeta y el sol van a morir, evaporarse.

Nuestro destino implica acoger esa tremenda sensación de pérdida.

En realidad no podemos asumir, encontrar nuestro destino en tanto lo neguemos.

Sólo hay que pensar: ¿qué pasaría si nuestra cultura lo aceptara, si nos propusiéramos iniciar un festín? 

LA MUERTE DEL MITO DEL CRISTIANISMO

Mary Judith Ress*

Nací católica y supongo que voy a morir católica. Sin embargo, cada día que pasa estoy más y más convencida de que el mito del cristianismo está perdiendo su habilidad de encantarnos. Más aún, está muriendo.

Seamos claras en este punto para que no me quemen como hereje. No es el mensaje de Jesús lo que está muriendo. Esa tan buena nueva que nos dice que como, todos venimos de la misma fuente, todos estamos hermanados —y desde esta intuición viene la gran invitación a amarnos unos a otros, así como nos amamos a nosotros mismos— esa “revelación” de Jesús no sólo no está muriendo, sino que sigue muy vigente. Y sospecho que estará vigente mientras la especie humana perdure en la tierra. Hoy en día concibo a Jesús de Nazaret como un gran chamán, un sabio subversivo, un profeta



Jesús invitó a la gente a formar una comunidad cuyo marco fundamental era el amor compasivo. Sin embargo, “esta invitación no incluía pensar y hablar acerca de sí mismo como el Hijo de Dios cuyo propósito histórico era morir por los pecados del mundo; su mensaje no consistía en creer en él”.

Jörg Zink

Hace unos cien años alguien colocó un crucifijo en este árbol. El árbol fue creciendo alrededor de la figura y la fue cubriendo lentamente: algún día estará totalmente cerrado y sin herida... Cristo estará dentro de él. Jörg Zink: Trauer hat heilende Kraft, Kreuz Verlag Stuttgart, 1993, p. 30/31.

* Mary Judith Ress es integrante del colectivo Con-spirando y teóloga ecofeminista. Vive y trabaja en Santiago de Chile.

y fundador de un movimiento donde él invitó a sus seguidores a entrar en una relación transformadora con el “Gran Espíritu” que él mismo experimentó. Este Jesús invitó a la gente a formar una comunidad cuyo marco fundamental era el amor compasivo. Sin embargo, “esta invitación no incluía pensar y hablar acerca de sí mismo como el Hijo de Dios, cuyo propósito histórico era morir por los pecados del mundo; su mensaje no consistía en creer en él”.¹

Lo que está muriendo es el mito del cristianismo; su cosmovisión ya no resulta adecuada para decirnos quiénes somos. Como dice el psicólogo social irlandés Diarmuid O’Murchu: “Hay una percepción, todavía no expresada, de que la era de la religión ha terminado; más aún, se ha convertido en una barrera en el camino hacia una conexión verdadera con el sentido último”.² Y más grave aún es el hecho de que el cristianismo está completamente contaminado por el sistema patriarcal —algunas dirían que es la base del patriarcado— y, aunque sea lentamente, estamos evolucionando hacia un mundo postpatriarcal.

¿Qué es un mito?

Primero, tenemos que ubicar el cristianismo dentro del desarrollo mítico de nuestra historia psíquica. Vale la pena recordar que un mito es un

Según O’Murchu, la religión cristiana ha sido una invención patriarcal. Su propósito principal no es el deseo de revelar el plan de Dios para la humanidad, sino un deseo insaciable de validar a toda costa la voluntad masculina de controlar y conquistar la totalidad del cosmos.

Ivone Gebara dice: “No podemos seguir proponiendo a un Dios que es Ser-en-sí-mismo, omnipotente, sobre todo. Esta imagen de Dios ya no es adecuada; ya no podemos seguir obediendo a alguien que está allá arriba. Este es el Dios construido por el patriarcado”.

relato que nos dice de dónde venimos y adónde vamos. Es nuestra metáfora guía, nuestro marco de referencia para entender quiénes somos, cuál es nuestro lugar en el mundo, cuál es nuestro rol en este momento de la historia. Nos da los parámetros vitales para vivir con sentido. O como dice el psiquiatra jungiano Anthony Stevens, “los mitos ofrecen toda una cosmología que es compatible con la capacidad de comprender de una cultura; establecen un contexto trascendente para nuestra existencia tan breve en la tierra; otorgan validez

a los valores que gobiernan nuestras vidas; garantizan la cohesión de la cultura con el individuo, provocando una respuesta arquetípica en el nivel más profundo de nuestro ser; despiertan dentro de nosotros un sentido de participación en el *mysterium tremendum et fascinans* que inunda la relación entre el cosmos y el sí mismo”.³ O, como dijo mi gran amiga Madonna, “los mitos son pozos profundos, antiguos, desde los cuales fluyen arroyos frescos y puros... Los mitos nos dicen la verdad acerca de nuestra propia experiencia; reflejan nuestra historia personal. Pero también son revelaciones de una historia más amplia que está evolucionando: la historia de la comunidad de la tierra y todas sus criaturas.”⁴

Recordemos por un momento nuestra historia mítica como especie: al comienzo, los seres humanos comprendíamos el universo como un complejo de fuerzas espirituales interconectadas—todas expresiones de la Gran Madre. El drama del universo fue expresado primordialmente por medio de las secuencias estacionales de la muerte otoñal y la resurrección primaveral. El universo fue sentido sobre todo en su tremenda e incansable fecundidad, que hemos expresado en miles de imágenes de mujeres embarazadas. La asociación de la diosa-madre con las primeras religiones basadas en la fecundidad de la Tierra

ha sido tremendamente duradera dentro de nuestra especie. La gente de las aldeas neolíticas ha continuado esta religión primordial como una “subcultura” aun después de la invasión y el dominio de las culturas que alababan dioses guerreros masculinos. La transición gradual de la diosa madre al dios padre se corresponde con la evolución de la aldea neolítica hacia centros urbanos cada vez más grandes. Esta transición marca también el desarrollo del sistema patriarcal y compromete las relaciones más igualitarias entre el hombre y la mujer.

Recordemos que durante el período de las civilizaciones clásicas nacieron las grandes religiones. Fue el tiempo de Sócrates, Platón y Aristóteles; de Zoroastro, Confucio, Buda, Jesús y Mahoma. Todos ofrecieron respuestas al pathos de la condición humana, todos apuntaban al sentido de la existencia de un mundo trascendente para el espíritu humano más allá de la muerte. Ese otro mundo fue dominado primero por un panteón de dioses y diosas y después por un solo Dios, todopoderoso, creador tanto de la tierra como del cielo. Los dioses masculinos reemplazaron a la diosa madre de los tiempos antiguos y las elites gobernaron en su nombre.

El patriarcado —este sistema de “poder sobre” tanto la mujer como los niños, la gente de color y la Tierra misma— llegó a ser lo normal. Todas

las instituciones políticas, religiosas y sociales promovían ideales que impedían el desarrollo integral de las mujeres; nuestra exclusión formaba parte de las enseñanzas y de los ritos religiosos. Ya estamos dándonos cuenta que la civilización moderna está construida sobre esta base de “poder sobre”. El sistema capitalista ha sido moldeado en el contexto del trabajo constante pero no remunerado de la mujer, de nuestro status de esclava o sirvienta, de nuestra condición de posesión del hombre.

¿Por qué ya no funciona?

Pero hoy en día la humanidad está experimentando una gran (aunque poco reconocida) transformación evolutiva en nuestra comprensión de quiénes somos. Y parte de esta nueva visión es que estamos dándonos cuenta de que el sistema patriarcal no es “normal”, sino que se desarrolló históricamente. Y así como ha tenido un comienzo puede tener un fin. De hecho, ya no nos sirve.

Para el geo-teólogo Tomás Berry, “el defecto esencial del pensamiento judeocristiano es la creencia en una deidad monoteísta, personal, masculina, creadora de un universo claramente distinto de su creador. Supuestamente tenemos una comunicación directa de esta deidad suprema personal, quien más tarde apareció en forma humana

como un maestro y salvador. Esta tradición sostiene que la comunidad humana entera se dirige hacia la plenitud en un Reino de Dios, un reino con una plenitud acá en la tierra, dentro de la historia, y una plenitud posthistórica, en un modo de ser trascendente y eterno”.⁵ Berry argumenta que es precisamente porque pensamos que somos seres trascendentales que tenemos tanta dificultad para aceptar que somos realmente terrestres, que nuestra pertenencia se realiza acá y no en el más allá. Esta creencia es, quizás, nuestra patología más peligrosa en este momento de nuestra evolución.

Nuestra gran amiga Ivone Gebara dice lo mismo pero aún más fuerte: “No podemos seguir proponiendo a un Dios que es Ser-en-sí-mismo, omnipotente, sobre todo. Esta imagen de Dios ya no es adecuada; ya no podemos seguir obedeciendo a alguien que está allá arriba. Este es el Dios construido por el patriarcado”.⁶ Ella argumenta que la teología tradicional ve a Dios como una persona con una voluntad, un propósito, un plan para la salvación y un proyecto histórico. Estamos poco a poco descubriendo que esta personalidad divina fue claramente creada a la imagen y gusto de la persona humana. Según Gebara, la Iglesia siempre utilizó a Dios como la suma justificación de sus poderes y sus acciones. Necesitaba la autoridad de Dios para ejercer

poder e imponer obediencia.

Citando a Gebara: “En su nombre la iglesia repartió amor y castigo. En su nombre intervino en las vidas de las personas. En su nombre exhortó y enseñó a las naciones. En su nombre predicó a las mujeres y a los esclavos la obediencia”.⁷ Política y socialmente, Dios tenía que ser una persona con una voluntad para legitimar acciones impuestas a personas. Y a veces Dios se ha convertido en una persona dura, intransigente, vengativa e incluso sedienta de sangre. También, sostiene Gebara, que por razones antropológicas, Dios tenía que ser una persona. “Pide y recibirás, golpea y se te abrirá” (Mateo 7: 7-9): sólo podemos pedir si hay alguien que escuche, o golpear si hay alguien que abra la puerta. ¿Pero a quién, de hecho, se le abrieron las puertas? “Un Dios metafísico, antropomórfico y antropocéntrico se convirtió en una necesidad dentro de la estructura psicológica que evolucionó a través de la historia de la cultura patriarcal”.⁸ Ella insiste en que la necesidad de afirmar un poder superior—un poder presentado como un ser en discontinuidad respecto de todos los poderes del Cosmos, de la Tierra, de los humanos, los animales, las plantas e incluso la vida misma— parece de vital importancia en la mantención de la organización jerárquica de la sociedad en que vivimos.

Para O’Murchu, es el colapso inminente del patriar-

cado el que nos está impulsando a repensar lo que significan las religiones clásicas, sobre todo el cristianismo. “Hay una sospecha creciente de que la religión es más una creación humana que una creación divina. El mito del cristianismo ya no es suficientemente grande para explicar quiénes somos. Este mito ya resulta aburrido y poco relevante. Sin embargo, nadie está causando su colapso. El cristianismo se está desintegramando, porque simplemente ya no nos sirve”.⁹

Según O’Murchu, la religión cristiana ha sido una invención patriarcal. Su propósito principal no es el deseo de revelar el plan de Dios para la humanidad, sino un deseo insaciable de validar a toda costa la voluntad masculina de controlar y conquistar la totalidad del cosmos. Y por siglos ha sido exitoso en subvertir nuestra verdadera historia; ha sido exitoso en romper nuestro enlace primordial con la tierra. Pero O’Murchu insiste en que esta época ya está terminando, porque simplemente no tiene resonancia con nuestra experiencia. La mentalidad patriarcal de exaltar a la humanidad como la especie que tiene el derecho de adueñarse de la tierra ya nos produce un sabor amargo en la boca. Nos sentimos huérfanos/as, alienados/as de nuestros verdaderos orígenes.

Es esta amargura la que nos exige redescubrir quiénes somos, recordar nuestra

“cara original”, reencontrar lo femenino reprimido dentro de nuestra cultura y dentro de nuestra psiquis. Y decir adiós a este mito patriarcal que ya nos queda demasiado chico como para encantarnos. ¡Que en paz descanse!

¿Pero hay vida después de la muerte del mito patriarcal del cristianismo? Por supuesto. Ya hace más de 10 años que tenemos teólogas feministas y ecofeministas valientes que están desafiando la estructura patriarcal subyacente dentro del cristianismo. Estamos reciclando nuestras definiciones del ser humano, del *mysterium tremendum et fascinans* en que vivimos, de Jesús, la Trinidad, el pecado, la redención —en fin, estamos poniendo todos los preceptos cristianos bajo nuestra lupa eco/feminista para ser juzgados y reinterpretados. Un trabajo apasionante.



Notas:

1. Marcus J. Borg, *Meeting Jesus Again for the First Time*, Harper: San Francisco, 1994, p. 119.
2. Diarmuid O’Murchu, *Religion in Exile*, New York: Crossroad Publishing Company, 2000, p. 204.
3. Anthony Stevens, *Archetypes: A Natural History of the Self*, New York: Quill, 1983, p. 37.
4. Colectivo Con-spirando, *Diosas y Arquetipos: En memoria de Madonna Kolbenschlag*, Santiago: Fuerza Creativa, 2001, p. 3.
5. Thomas Berry, *The Great Work: Our way into the future*, New York: Bellow Tower, 1999, p. 185.
6. Mary Judith Rens, “Entrevista con Ivone Gebara”, *Con-spirando*, (junio, 1993), No. 4, p. 46.
7. Ivone Gebara, *Longing for Running Water*, Minneapolis: Fortress Press, 1999, p. 113.
8. *Ibid.*, p. 114.
9. O’Murchu, *Religion in Exile*, pp. 13-18.

LOS SUEÑOS EN EL TRABAJO DE DUELO

Ute Seibert*

“El duelo es la emoción que nos permite despedirnos, elaborar los problemas de la relación rota e integrar lo máximo posible de la relación y de la singularidad de la otra persona, de tal manera que podamos continuar la vida con una nueva comprensión de nosotr@s mism@s y del mundo. De nuestros sueños podemos sacar valiosas pistas para el trabajo de duelo”.

Durante el año 1994 participé en un taller de sueños. En este mismo año, mi marido y compañero se enfermó de cáncer y murió. Durante este proceso de duelo (que se inicia realmente en el momento de conocer el diagnóstico y sigue mucho después de su muerte) los sueños me han guiado, mostrado en qué momento estoy, qué debo atender; me han abierto perspectivas y conectado con fuerzas insospechadas.

Más adelante leí un libro llamado *El duelo: etapas y posibilidades de un proceso psíquico*, de Verena Kast, una psicóloga jungiana que aborda este tema a partir del análisis de sueños. Dice esta autora: “Nos entendemos fundamentalmente por las relaciones con otras personas, los vínculos son un aspecto fundamental de nuestra manera de experimentarnos nosotr@s mism@s y el mundo; la muerte de una persona querida, entonces, sacude nuestra manera de entendernos a nosotr@s mism@s y al mundo”. Y, luego, agrega: “El duelo es la emoción que nos permite despedirnos, elaborar los problemas de la relación rota e integrar lo máximo posible de la relación y de la singularidad de la otra persona, de tal manera que podamos continuar la vida con una nueva comprensión de nosotr@s mism@s y del mundo. De nuestros sueños podemos sacar valiosas pistas para el trabajo de duelo”.

La muerte de un ser queri-

do, puntualiza Verena Kast, es una experiencia extrema de la muerte y exige radicalmente el duelo. Al mismo tiempo, esta vivencia es también un gran desafío de la autorrealización frente al cambio. El duelo puede provocar un paso en la autorrealización. Lo que es válido para situaciones límites, puede serlo también —aún de manera más disminuida— para muchas otras situaciones en la vida humana, donde se hace evidente que la muerte siempre se asoma a nuestra vida, siempre va exigiendo pequeños o grandes cambios que están relacionados con la sensación de pérdida y que, por lo tanto, requieren también un duelo. “Como somos mortales, debemos existir de una manera “en despedida”, relacionad@s con el duelo, con el dolor y con la posibilidad de recrear nuestra situación siempre de nuevo y de desplegarlos siempre de nuevo de cara a nuestras despedidas. Para eso el duelo es indispensable”, concluye la citada autora (Verena Kast: *Trauern. Phasen und Chancen des psychischen Prozesses*, Kreuz Verlag, Stuttgart, 1982, pp. 8-9).

En alguna parte profunda “sabía” lo que estaba pasando

“De nuestros sueños podemos sacar valiosas pistas para el trabajo de duelo”: al revisar, años después, mi cuaderno de sueños y mi diario de esta

* Ute Seibert es teóloga feminista que vive y trabaja en Santiago de Chile.

etapa de mi vida, siento que es profundamente cierto. Escribí en mi diario: “He hecho un proceso en estos tres meses, un proceso de despedida lenta. Pasé por el susto, la negación con anticipación, aquella noche del primero de agosto, día en que A. me llamó y me contó de la radiografía extraña y de la necesidad de que lo acompañara el día siguiente a otro examen. Esa noche salí a caminar sola y de repente vi –al igual que en un sueño– una imagen: estoy con los niños, vestida de negro, preparando el funeral de A.; es noviembre. No quiero creerlo, lloro... desaparece al fin la imagen y surge otra: nuestros dos hijos y yo en la casa, limpiando, ordenando para ver cómo vamos a vivir nosotros ahora, después de la muerte del papá. Sigo llorando y aparece una tercera imagen: en el sur, un bosque, un río, verano, vacaciones. Estamos felices y disfrutamos –pero estamos solos los tres, yo y mis dos hijos”.

En aquella noche del primero de agosto sabía que A. se iba a morir luego, aunque no sabía qué hacer con tan terrible certeza, y sí realmente era una certeza. En las semanas siguientes, cuando supimos el diagnóstico, cuando empecé la lucha por la vida, la búsqueda de mejorar o sanar por todos los medios, mientras al mismo tiempo se hacía más probable la posibilidad cercana de la muerte, períodos de mucha confusión y angustia, de correr

y buscar, de desvelarse y tratar de entender, las imágenes volvieron, una y otra vez, a cobrar importancia. En alguna parte profunda “sabía” lo que estaba pasando, lo que me ayudó dentro de esta vorágine de actividad, espera y dolor, a centrarme, a priorizar; aquí no se trataba de gastar energías inútiles en buscar otras posibilidades de tratamiento, aquí se trataba de compartir el tiempo que nos quedaba de la mejor manera.

La muerte, loca, pálida, huesuda

Un mes después soñé: en las montañas de la Selva Negra estoy entre una multitud que va por un camino con la expectativa de ver algo extraño, morboso. “Ya viene, ya viene”, se escucha. Es un hombre de mediana edad, alto, flaco, pálido, con un sombrero; es loco, inventa armas letales. Saca una jeringa. Nos dirigimos a la casa de Maria Schell; de la casa sale humo; ella está en el baño, en el segundo piso; él le quita oxígeno, ella grita, se ahoga... silencio, se murió. Todos siguen caminando. En un lugar más alto veo una casa pequeña de madera; siento que por fin puedo descansar.

El sueño refleja mi encuentro con la muerte, loca, pálida, huesuda, produciendo armas letales y que “ya viene”. La que va a morir es María Schell, actriz alemana de películas “cebolleras” de mi niñez; ella asumía los roles

de esposa y madre, llorona y romántica, pasiva, siempre a la expectativa de que algún hombre la “rescatara”. Esa mujer muere; es en realidad violentamente asesinada por este extraño loco, la muerte. En esta etapa con A. recién enfermo y con la perspectiva de su muerte, yo también iba a morir, el dolor me quitaba el oxígeno, quería gritar, sentía que me ahogaba; la que iba a morir era la de los roles tradicionales, la esposa, las partes sumisas, la que espera ser salvada. Y, finalmente, todos iban a “seguir caminando”, la vida sigue aunque no lo parezca en estos momentos. Para mí habría un cambio: en un lugar más alto, en una casa pequeña de madera, por fin iba a poder descansar.

El término de una manera de vivir, de una etapa en la vida y la necesidad de descanso (tan real como imposible en estos meses) fue motivo de muchos sueños. Me soñé embarazada a causa de una violación, con una gran herida debajo del ombligo después de un asalto; y me veía en un teatro sentada en una gran silla roja en el escenario, pero observando todo lo que acontecía; mientras podía observar, descansaba y me iba recreando.

En los días anteriores a la muerte de A., tres veces tuve el mismo sueño al que cada vez se le iba agregando o aclarando un pedazo: en una parcela montañosa en el campo vamos con A. en un bus, el conductor hace un

viaje loco, rápido, hasta llegar a un camino en la montaña, al lado de un abismo; el camino es muy estrecho, ha llovido y está mojado, resbaloso.

La primera vez, el sueño termina ahí; la próxima vez somos nosotros los que conducimos, y la tercera vez no hay conductor, la máquina corre sola, llegamos al abismo y la micro va cayendo hacia el abismo, abajo está el río Allipén, nos caemos al abismo abrazados. Esta vez me despierto gritando, abrazando a A., que es puro hueso y piel.

La carrera loca de la muerte, nuestro camino juntos que finalmente no pudimos conducir o controlar terminó, con el regreso al principio, el río Allipén de su pueblo natal. Y yo si no lo suelto también me muero.

Y definitivamente, una parte mía ha muerto; será necesario enterrarla, llorarla, hacer el duelo; encontrar un espacio seguro y acogedor para hacerlo y para poder descansar. Dos semanas después de la muerte sueño: entro por atrás al jardín de mi madre, y ya estaba ahí trabajando. Había más personas. En el suelo, un muerto, demacrado, reseco—se parece a A., vestido con ropa de un tiempo anterior. Avanzo un poco —iba a integrarme al trabajo— y veo también a una mujer muerta, igualmente demacrada, seca, con ropa de la misma época, de siglos atrás. Estoy inquieta. ¿Cómo es posible trabajar sin enterrar antes a los muertos?


En alguna parte profunda “sabía” lo que estaba pasando, lo que me ayudó dentro de esta vorágine de actividad, espera y dolor, a centrarme, a priorizar; aquí no se trataba de gastar energías inútiles en buscar otras posibilidades de tratamiento, aquí se trataba de compartir el tiempo que nos quedaba de la mejor manera.

Merecen un descanso digno.

En este álbum está todo

Consciente e inconscientemente vivo el dolor, recuerdo, elaboro; oscilo entre la certeza de la presencia de mi pareja, aunque de otra manera, momentos de rabia y otros de depresión; siento que no puedo llenar el vacío con otros roles, de madre, hermana, profesional, amiga; es este vacío que da sentido a nuestra vida compartida de 15 años. Un año y medio después de la muerte de A. tengo el siguiente sueño: entro a una cueva... hay un sofá de dos asientos. Estamos sentados A. y yo. Estamos cerca, muy conectados, aunque no hablamos, no nos tocamos. A. está de cuerpo entero, pero envuelto de una extraña luz

entre blanca y celeste. Sobre nuestras rodillas tenemos un álbum de fotografías. Es grande y pesado, solamente entre los dos lo podemos sostener y dar vuelta las páginas. Miramos las imágenes de nuestra relación. Nos miramos a nosotros mismos durante 15 años. Hay imágenes de todo tipo: los momentos lindos, livianos, los plenos y los felices; otras de nosotros hiriéndonos, des-prestigiándonos, no reconociéndonos uno/a al otro/a, imágenes de dolor y violencia, de heridas, soledad y de desesperación vividos a veces sin que la otra persona se diera cuenta, otros conscientemente y con impotencia. En este álbum está todo. Pareciera no quedar fuera ninguna imagen de nuestra relación. Las miramos tranquilos, dando vuelta una página tras otra. Esa fue nuestra vida juntos, esa fue nuestra relación. Después de haber mirado las últimas imágenes, A. cierra el álbum, se levanta y lo guarda en una grieta de la cueva. Él desaparece. Me quedo sola.

Desperté con una sensación de plenitud, de haber tocado y vivido algo muy sagrado. Sentí que había crecido y que, dentro de mí, también A. y nuestra relación habían crecido. 



Jörg Zink

El duelo es como una muerte
donde algo se debe transformar
y completar.

No vas a olvidar, sino vas a saber
que todo tiene un término y al final
habrá la luz.

Jörg Zink

Jörg Zink

TESTIMONIOS Y REFLEXIONES



¿Y SI LA MUERTE NO FUERA UN MOMENTO DE SOLEDAD FUNDAMENTAL?:

un testimonio de una partera de la muerte recién iniciada

Mary Judith Ress

Al tratar de comprender el misterio de la intrusa y sorpresiva presencia de la muerte en mi vida, he llegado a creer que la muerte no será una experiencia privada. ¿Y si la muerte no fuera un momento de soledad fundamental, sino nuestra iniciación hacia la mayor de todas las aventuras comunitarias? ¿Y si en ese momento transitorio, nuestro ser huérfano languideciera y todas las barreras de separación —de tiempo y espacio, de carne y espíritu— se disolvieran, y nos encontráramos frente a todo lo vivo y lo muerto, al mismo tiempo, en una epifanía de reciprocidad? Entonces, hemos llegado a casa.

—Madonna Kolbenschlag, 1988.

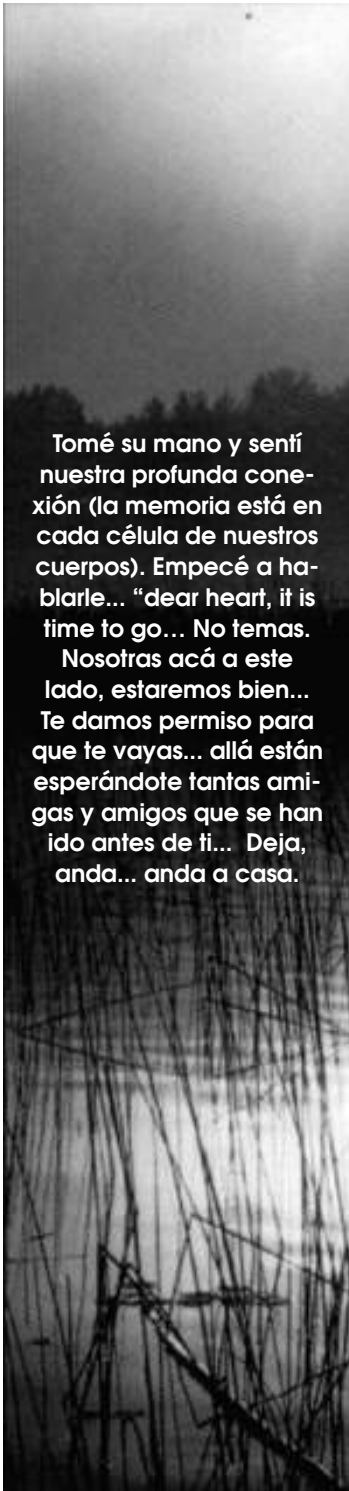
¿Hay vida después de la muerte? Sólo puedo describir lo que estoy experimentando después de ser partera “hacia el otro lado” de una gran amiga que murió hace un año.

Algunas de ustedes. conocieron a Madonna, o por sus escritos o en persona

durante la primera Escuela de Espiritualidad y Ética Ecofeminista que hemos realizado, en Chile, en enero de 2000. Y si eres una fiel lectora de Con-spirando, ya sabes que ella murió sorpresivamente de un masivo derrame cerebral inmediatamente después de esa primera Escuela (ver Con-spirando 31, “En memoria de ella”). Pero quizás no sabes exactamente cómo murió y seguro que no sabes cómo su muerte me ha afectado y por qué ahora divido mi vida entre “pre y “post-muerte de Madonna”.

Déjame contarte los hechos concretos de su muerte. Después de concluir la escuela, Madonna, Julia (una joven de Alemania, amiga

mía, que asistió a la Escuela) y yo, salimos a cenar juntas. Estábamos celebrando la próxima ordenación de Julia como pastora luterana —la ordenación sería el viernes siguiente, y Madonna y yo quisimos adelantar los festejos.



Tomé su mano y sentí nuestra profunda conexión (la memoria está en cada célula de nuestros cuerpos). Empecé a hablarle... "dear heart, it is time to go... No temas. Nosotras acá a este lado, estaremos bien... Te damos permiso para que te vayas... allá están esperándote tantas amigas y amigos que se han ido antes de ti... Deja, anda... anda a casa."

Durante la cena, Madonna estuvo realmente radiante, —relajada, chistosa, llena de comentarios sobre la Escuela y consejos para Julia. La conversación entre las tres fue de un profundo compartir —una noche para guardar como recuerdo para la vejez. Una vez que regresamos a mi casa en la playa, estábamos tomado una última copita de vino chileno cuando —puff— se cortó la luz. Un apagón (no tan típico, pero tampoco tan inusual en esta época del año cuando todo el mundo está en sus casas de la playa y el sistema eléctrico está sobrecargado). Madonna gozó prendiendo todas las velas que encontró, pero ya era tarde y decidimos ir a dormir. Madonna bajó a su dormitorio en el primer piso, con una vela encendida en una botella. Un minuto después escuché el sonido de esa botella quebrándose... Descendí la escalera y encontré a Madonna tendida en el suelo y la vela apagada.

En forma resumida, esto es lo que pasó en esa noche tan larga y oscura: Julia y yo la llevamos a la posta del pueblito. Ella parecía semiconsciente. Yo entré con ella a la sala de emergencia, explicando que ella no entendía español. Allá el muchacho de turno pensó que ella estaba borracha, por la manera en que actuaba, porque en realidad el golpe en la cabeza que ella sufrió al caerse no era grave. Pero durante el examen ella se sentó y, cambiando de voz, dio un corto discurso médico que me dio

escalofríos, ¿de qué parte de su cerebro vino ese discurso tan científico?, pero inmediatamente después no pudo reconocermé ni pronunciar mi nombre. El equipo médico de la posta se asustó y decidió mandar a Madonna al hospital provincial de San Antonio de emergencia en una, ambulancia. Yo la acompañé, pero ella ya estaba medio inconsciente. Una vez en el hospital de San Antonio, entré otra vez a la sala de urgencia... cuando insistí en entrar con ella, argumentando que ella no hablaba español, me dijeron que una traducción "no sería necesaria". Una hora después Madonna salió de la sala de urgencia y entró en la sala de cuidados intensivos. Como esta sala estaba tan llena y con una sola enfermera, me permitieron quedarme con ella durante el resto de la noche.

Durante esa larga noche la atendí como pude. Estaba en un estado de pánico: por un lado, pensaba que era un tipo de contusión y que Madonna iba a despertar en cualquier momento y quejarse de estar dentro de un hospital donde las amenidades de la vida eran escasísimas. Por otro lado, sabía que su condición era sumamente grave. Cuando los médicos llegaron en la mañana, hicieron los tests obligatorios, pero era evidente que Madonna había sufrido un derrame muy serio y no una contusión. En el transcurso de la mañana, llegó mi marido y Margarita, una muy querida amiga enfermera, una monja

neozelandesa que también estaba en la Escuela. Los médicos nos dijeron que no había esperanza... el daño era irreversible. Madonna podía vivir un par de días o unos meses, pero no iba a despertar jamás.

Decidimos trasladarla a Santiago, porque nadie conocido vivía en el pueblito de San Antonio. Esa misma tarde contratamos una ambulancia para llevarla al hospital católico de la capital. Mi amiga de Nueva Zelanda la acompañó en la ambulancia, mientras mi marido y yo regresábamos a nuestra casa en la playa para tratar de encontrar números telefónicos para avisar a su familia, a su comunidad religiosa...

Llegué al hospital católico ya de noche. Los resultados del “scanner”: 80 por ciento de su cerebro está dañado. Ha tenido un derrame masivo hace 18 horas justo la hora cuando se cayó con la vela en la mano.

Entré en su sala... el médico de turno ha advertido que las próximas horas serán “decisivas”. Madonna estaba con una fiebre altísima, estaba temblando. Miembros del equipo de la escuela la estaban acompañando, masajeando suavemente sus piernas, sus brazos. Toya, Gloria, Andrea. Margarita observaba su presión.

Tomé su mano y sentí nues-

“SÍ, PUEDO VIVIR CON ESO”

En el auto, rumbo al restaurante, Julia y Madonna conversaron sobre la muerte y si existía o no el cielo y el infierno: Julia, apasionada, argumentó que ella creía en el cielo, pero no en el infierno. El “infierno”, según Julia, es algo que puede pasar con nosotros aquí y ahora, cuando dejamos de estar conectadas, cuando rechazamos estar en relación con alguien. Pero “el cielo” es la conexión profunda, la unión de energía pura, el amor incondicional, que por “x” motivos no hemos logrado durante nuestras vidas en la tierra. Julia contó que una profesora de ella, para explicar la resurrección, mostraba a la clase un dibujo que tenía un árbol a un lado y una semilla del árbol al otro lado. El árbol representaba tu ser visible, tus ramas, tus raíces, la forma que tú has tomado durante tu vida. Cuando llega la muerte, el árbol desaparece, se disuelve en la tierra. El árbol no tiene idea qué va a pasar con la semilla. “Yo creo, dijo Julia, que nos espera algo grande y bello, tan bello que no podemos imaginarlo. Pero no tenemos que imaginarlo tampoco... yo solo confío que será algo bueno, algo poderoso nacido del amor que es dios, porque dios es la energía, la transformación, el agua, la luz, el calor para hacer crecer la semilla. ¡Esa es la resurrección para mí!” Era una conversación tremendamente profunda entre las dos que terminó al llegar al restaurante y Madonna diciendo: “Sí, puedo vivir con eso”. Y Julia, riéndose, diciendo: “¡Siento que acabo de ser aprobada de una prueba difícil, pero a la vez una prueba que me ha empoderado!”



tra profunda conexión (la memoria está en cada célula de nuestros cuerpos). Empecé a hablarle... “dear heart, it is time to go... No temas. Nosotras en este lado estaremos bien... tu mamá, tus hermanos, tus amigas. Te damos permiso para que te vayas... allá están esperándote tantas amigas y amigos que se han ido antes de ti... Ellen, Barbara, Fátima, tu hermano Bill. Te van a acompañar, querida... Deja, anda... tú misma has descrito este momento como una gran epifanía de reciprocidad donde todas las barreras de separación — de tiempo y espacio, de carne y espíritu— se disolverían y nos encontraríamos frente a todo lo vivo y lo muerto, al mismo tiempo. Entonces, anda a casa, dear, dear heart...” Y esta gran mujer que ha escrito tanto sobre este momento se entregó a la muerte: dejó de temblar,

¿Qué ha pasado conmigo después de su muerte? Quizás algunas van a pensar que ya estoy medio senil, pero otras van a responder: “sí, me ha pasado algo similar”. ¡La siento tan presente, tan cercana como el aire que inhalo! ¡Qué ausencia y presencia a la vez!

bajó la fiebre y en 10 minutos estaba ya al otro lado...

Me han dejado sola con ella, respetando nuestra gran

amistad. Y por un momento lucía tan hermosa, tan joven, que me di cuenta que yo tenía una mirada privilegiada de su esencia, de su espíritu. Me asombré de nuestra profunda conexión... y me sentí como si hubiera sido escogida para ser su partera hacia el otro lado. Además, me sentí como testigo de lo que ella describió: la muerte no es una experiencia privada, no es un momento de soledad fundamental, sino un gran momento comunitario donde nos encontraremos frente a todo lo vivo y lo muerto, al mismo tiempo. Así fue, se los juro.

Quizás valdría la pena contarles un poco la historia de nuestra amistad para poder entender mejor la fuerte conexión que había entre Madonna y yo... y por qué estoy convencida que ella escogió morir en Chile y escogió a su amiga Judy como su partera.

Fuimos amigas por más de 30 años. Las dos éramos miembros de la misma comunidad religiosa (yo salí de la vida religiosa, ella siguió... un asunto de mucho debate entre nosotras). Ella tenía seis años más que yo y,

desde mi perspectiva de una religiosa joven, ella jugó un papel de guía espiritual para mí. Siempre estuvo en los

momentos claves de mi vida: cuando fui a El Salvador como misionera, cuando decidí salir de la vida religiosa, cuando me enamoré de David, mi futuro esposo; pero él, como sacerdote comprometido con las luchas de los pobres, no quería salir del sacerdocio. Y, una vez casada y viviendo en América Latina, ella siempre me visitó, en Lima, en Santiago, en San José. Y con el transcurso de los años nuestra relación se fue haciendo más igualitaria. De ser guía espiritual, ella pasó a ser amiga, compañera del alma. Anam cara. Y la relación ha sido recíproca: yo la ayudé a encontrar una editorial para publicar su primer libro, Adiós a la bella durmiente; le abrí puertas para que ella pudiera dar sus famosos talleres sobre mitos y cuentos de hadas en América Latina —y en el proceso la ayudé a descubrir su “alma latina”. Más de una vez la saqué de sus depresiones y momentos de mal humor—ella me tildaba de “amiga champaña”, porque llenaba su vida de alegría.

Sin duda, su muerte tan repentina me ha sacudido hasta los tuétanos. Sin embargo, a un nivel muy profundo, me doy cuenta que su hora había llegado. De hecho, estaba sufriendo con los comienzos de una enfermedad bastante grave y su pronóstico de vida no era nada bueno.

¿Qué ha pasado conmigo después de su muerte? Quizás algunas van a pensar que ya estoy medio senil, pero otras

van a responder, “sí, me ha pasado algo similar”. ¡La siento tan presente, tan cercana como el aire que inhalo! Desde su muerte veo todo a mi alrededor con nuevos ojos. Me siento constantemente sorprendida por la belleza que me envuelve. Siento su presencia en la puesta del sol, en la brisa suave de la tarde, en una noche estrellada cuando Venus y la lunita creciente están bailando juntas. Escucho su risa en el murmullo de los ríos, en las cascadas saltando sobre las piedras. Más que nada, la veo bailando y saltando en la luna llena. ¡Me siento envuelta en su espíritu! ¡Qué ausencia y presencia a la vez!

Entonces, si me preguntas qué pienso sobre la muerte, solamente puedo describir esto. Siento que Madonna —y muchos otros seres queridos— están allá, al otro lado, vibrando con un ritmo todavía no comprendido por nosotras que nos quedamos a este lado. El velo que separa los dos mundos es muy delgado, amigas queridas—y de vez en cuando se levanta o se pone tan transparente, que podemos sentirles, casi tocarles. En estos momentos sabemos que no hay nada que temer. La muerte es simplemente una puerta hacia el otro lado.



Tricia Guild



MI VOLUNTAD

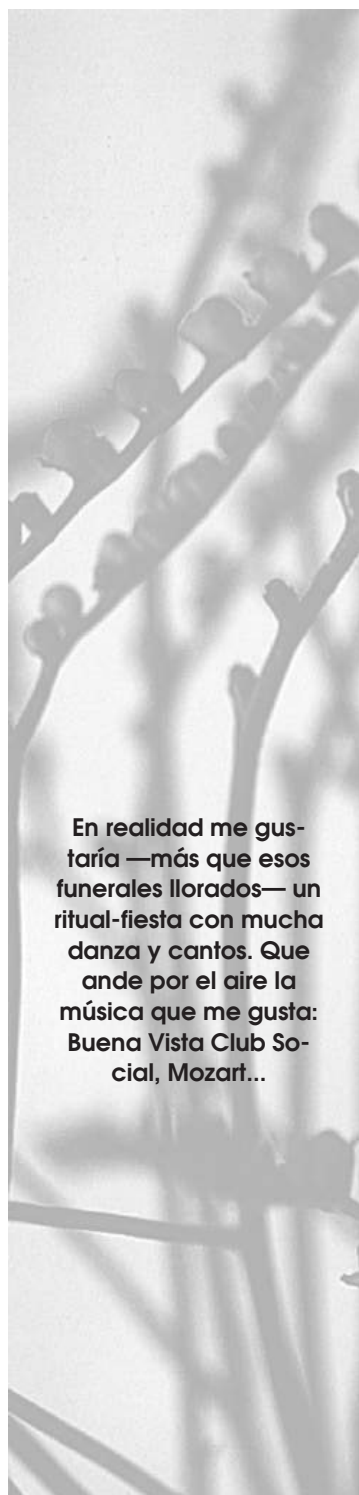
Luz María Villarroel

Con cierta frecuencia medito sobre mi muerte.

¿Cómo me gustaría que me encontrara la “hermana muerte”?

Me gustaría que me encontrara habiendo hecho finalmente una buena y sólida amistad conmigo misma.

Estar lúcida y aún disfrutando del bailar y del cuerpo.



En realidad me gustaría —más que esos funerales llorados— un ritual-fiesta con mucha danza y cantos. Que ande por el aire la música que me gusta: Buena Vista Club Social, Mozart...

Morir con dignidad; tendida o en un sillón. Mirando para afuera, una hermosa ventana con vista al verde, al paisaje.

Quisiera saber que me voy a morir y hablar de la muerte, de mi muerte; quiero prepararme, quiero que me ayuden en el paso, a dejar ir; con buenas parteras o parteros de la muerte.

Disposiciones: rito de mi partida

Pueden hacer misa —aun- que prefiero un ritual que nos reúna en círculo.

No quiero a ningún cura hablando sobre mí: no me conoce, nada sabe de mí; en ese momento íntimo, preferiría que se hablara poco, o se hablara, en todo caso, desde la experiencia compartida.

Quiero un ataúd sencillo, como el féretro judío, y si es posible, pintado de color fuerte.

Pañuelos, flores, piedras, elementos de la tierra.

Quiero que en un momento dado el grupo de mujeres con las que hemos compartido caminos dancen a mi alrededor la danza de las parteras, o la de la peregrina y la meditación del corazón para terminar.

En realidad me gustaría —más que esos funerales llorados— un ritual-fiesta con mucha danza y cantos. Que ande por el aire la música que me gusta: Buena Vista Club Social, Mozart... Del conjunto Calenda Maya, una música muy alegre, con ritmo, pandeteras y canto.

Quiero ser enterrada en la tierra, que haya un montón de tierra para que las/os que quieran echen un palada: me gusta esa acción en ritmo, me gusta ese sentir, esa marcación de despedida.

Quisiera, en mi rito de despedida, decir lo siguiente: “En este momento en que ya partí, en que mi cuerpo está aquí sin vida, sin esta vida, qué oportunidad que ofrecemos nosotras/os las/os recién muertas/os. Asistimos al tiempo en que estoy transitando hacia otro lugar: cómo que se adelgazara el velo que los separa, y los distintos estados de existencia casi se tocaran. Es probable que ande rondando, esté sentada al lado de alguien muy querido, deseando traspasar la información que tengo; probablemente ahora entienda la inutilidad del consuelo y también la necesidad de todas las etapas por las que tendrán que pasar después de mi partida. Sólo deséenme un buen viaje, que vaya pronto a ese túnel o pasaje de luz, y que me reciban mis maestras, mis lunas, mis soles, la creatividad del universo, la danza del corazón”. ☐





VIVIR CELEBRANDO LA MUERTE

Ana María Noé*

Podemos, así, entender la muerte no como enemiga, sino como una aliada que nos enseña a liberarnos de los apegos innecesarios; nos enseña a vivir con libertad en relación a nuestras posesiones, valores, emociones, relaciones, hábitos, etc.

Vivir celebrando la muerte: llamé así a un ritual que alguna vez hice. Hoy quiero compartir algunas reflexiones en la esperanza de que encuentren resonancia y se conviertan en una invitación a transitar por la vida con esta perspectiva.

Lo primero es aclarar qué muerte quiero celebrar. Sin duda aquella natural, la que inevitablemente ocurre en el devenir de nuestra existencia.

Comienzo con una obser-

vación muy simple: generalmente nos figuramos la muerte como algo que nos acaecerá en el futuro. Ojalá un futuro lejano si nuestro presente es grato, saludable, entretenido y sustentable. Pero cuando la insatisfacción, la desdicha, el tedio y el dolor aparecen en nuestra vida, deseamos que la muerte se aproxime. Lo más atractivo de la muerte es que la proyectamos como liberación; lo más temible es imaginar que nos puede quitar el placer del momento. Así tenemos que el apego nos hace temer la muerte y el desapego nos hace desearla.

El desprendimiento es una tendencia natural; está en nuestro organismo físico cuando evacuamos; está en nuestro cuerpo psíquico cuando dejamos de vivir algo y damos paso a otra experiencia. Ocurre así con las emociones, también con las ideas.

Las sociedades nómades enfatizan el desapego en su manera de vivir, como los gitanos en la actualidad. Las sociedades sedentarias enfatizan el apego, y las/os que vivimos en ellas hemos desarrollado un afán de apegarnos a las cosas, los lugares, las sensaciones, las emociones,

las personas, las creencias, las ideas, etc. Este apego nos da una aparente seguridad, algo así como un sostén, un fundamento, una estructura, incluso un sentido de vida; todo lo cual, sabemos, sucumbe con el advenimiento de la muerte. Hemos sobrevalorado el apego que ha devenido en atadura, posesividad, egoísmo y violencia para defender nuestras aparentes pertenencias materiales, intelectuales y espirituales. Hemos olvidado el desprendimiento en nuestra manera de vivir y de pensar. Acumulamos siempre más de lo mismo y hemos olvidado vaciar para dar cabida a lo nuevo. Hemos perdido u olvidado la sensación de estar libres, liviana/os, abiertas/os, renovadas/os.

Vivir celebrando la muerte es un llamado a dejar de colocar la muerte sólo como una posibilidad del futuro; es traerla al presente, al vivir de cada momento. Podemos, así, entender la muerte no como enemiga, sino como una aliada que nos enseña a liberarnos de los apegos innecesarios; nos enseña a vivir con libertad en relación a nuestras posesiones, valores, emociones, relaciones, hábitos, etc. Vivir celebrando la muerte es una invitación a acatar esta posibilidad real, que no es sino transformación, cambio, disolución, desprendimiento. ☐

* Ana María Noé es psicóloga, vive y trabaja en Santiago de Chile. Este texto ha sido tomado de Agenda Mujer 2000, editada en Chile por Soledad Rojas.

EL DERECHO A LA ENFERMEDAD

Ana María Díaz*

Desde hace bastante tiempo observamos una especie de ofensiva por la salud. En la tele, los medios escritos, la radio, en todas partes, se nos bombardea con la obligación individual por la salud. En las conversaciones aparece a menudo como el tema principal. Todo debe ser saludable, debemos comer sanamente, hacer todo tipo de deportes por la salud, someternos a múltiples revisiones y chequeos médicos, aparecer, ser y estar muy sanas y perfectas. Estar enferma es mal visto, no es de tono, no es moderno. Debemos resolver todas las tareas de manera impecable y, por favor, no se nos ocurra enfermarnos.

¿Qué tal sería si diéramos vuelta la manivela en un sentido contrario y planteáramos el derecho a estar enfermas? ¿Con osadía, coraje y autonomía? ¿Estoy enferma y qué? Tengo derecho a estar cansada, a que me duela todo, a no tener el peso ideal que los médicos me obligan a tener, a no tener ganas de ir a trabajar, a tener malestares difusos, etc., sin

que por eso deba correr con pánico al médico a buscar su diagnóstico que habitualmente me catapulta en la angustia por no estar debidamente sana. Eso no puede ser la salud. Eso es una visión

de salud y enfermedad predominantemente individual que ve solamente lo particular y no percibe la relación que hay entre salud, experiencias vitales cotidianas y estructuras sociales, políticas y económicas, que con sus desigualdades determinan la salud de las per-

sonas. La salud es otra cosa. La salud incluye los malestares, los dolores, las tristezas, los cansancios. La salud es un proceso continuo y alternado que incluye el sentirse bien y no tan bien, sentirse mal y no tan mal, sentirse enferma y muy enferma. Y no por eso tenemos que partir al médico cada vez que no estamos a punto y funcionando. ¡Por el derecho a estar enfermas! ¡Eso sí que es salud! ☺

* El texto original del cual hemos tomado estos párrafos aparece publicado en Agenda Mujer 2000, editada en Chile por Soledad Rojas.

NOCHE DE RONDAS

Coca Trillini*

Hace tiempo que digo al aire, es decir, no se lo pido formalmente a nadie, que cuando me muera tienen que hacer un signo que identifique mi ser: tienen que tomar la pila de papeles con la que esté trabajando y quemarla, prenderle fuego, porque yo me voy a ir en ese humo. Al principio lo decía para defenderme cuando me criticaban la forma caótica que tengo

* Coca Trillini, docente, biblista popular y estudiosa de teologías feministas. Actualmente comparte la vida en la Casa de Mujeres Doña Luisa Gutiérrez; su nueva pasión: escribir cuentos. Vive y trabaja en La Matanza, Argentina.

de desplegar el material que estoy usando como consulta para lo que escribo. Cuando debo suspender momentáneamente mi labor, la pila se arma con un criterio que sólo yo puedo descifrar, al guardar “mis papiros sagrados” hasta el próximo ritual. Con el tiempo he ido descubriendo que ese gesto que ando pidiendo para los últimos momentos significa, como dice Ray Bradbury, que “cuando yo muero, muere el mundo”. Muere mi mundo, mueren mis sueños, mis afanes, mis esperas, mi fascinación por el jamón crudo y la cerveza.

“Noche de ronda, qué triste pasas, qué triste cruzas por mi balcón. Noche de ronda, cómo me hieres, cómo lastimas mi corazón”.

La Muerte camina conmigo diariamente, me ronda a cada paso y cada vez que se encuentra con seres queridos, su cercanía es tal, que siento su respiración mezclada con la mía de una manera particular por bastante tiempo después de los entierros. Es el tiempo en que pienso en lo vivido, en lo dicho y aún sin decir, y charlo con ella. Pero pronto necesito que se haga invisible, porque me hiere de tal forma, que todos los buenos pensamientos filosóficos, teológicos, espirituales, etc., no reparan la herida abierta que me espanta y atrae al mismo tiempo.

Con Alicia, mi cuñada, que murió de cáncer y a la que acompañé en sus últimos

momentos, viví y aprendí una de las lecciones de vida. Nos miramos a los ojos en el momento de la despedida y me dijo: “Sean felices”.

Con Florencio (un cura con el que trabajé por años entre los pobres), recién ahora después de tres años de su infarto, creo que intuyo algo de lo que me quería decir con la frase: “Cuando yo me muera, ya está”.

Respecto de Madonna Kolbenschlag (una de mis varias madonas, desde sus libros), siento que murió en su lugar, con quienes amaba, de golpe y sin aviso. Me enseñó que soy una diosa y que todas las diosas habitan en mí.

“Luna que se quiebra sobre las tinieblas de mi soledad, en dónde está, dime si esta noche tú te vas de ronda como ella se fue, con quién está, dile que la quiero, dile que me muero de tanto esperar, que vuelva ya...”.

Siento miedo y atracción de manera simultánea al acercarme a ese misterio llamado muerte. En mis tiempos de rondas tengo un sueño que se repite: estoy en el mar y veo venir una gran ola que me atrapa, quedo paralizada, inmóvil, sin la posibilidad de salir corriendo. Durante años el sueño me aterrorizó. Ahora lo comparo con la atrac-

ción que siente la mariposa de acercarse a la luz que la devorará.

No sé si es orgullo o miedo pero, por ahora, no pude hacer valer mis derechos de sentir, pensar, soñar, desear cómo quisiera que fuese mi encuentro final con la Muerte. Cómo quisiera morir, mi despedida, los posibles rituales, alguien que pueda velar por el cumplimiento de mis deseos, son parte de decisiones pendientes, pero no por mucho tiempo; somos varias mujeres las que queremos entretener nuestros últimos deseos, del mismo modo que compartimos tantos momentos de la vida.

“Que las rondas no son buenas, que hacen daño y dan penas y se acaba por llorar”, canta Chavela Vargas.

Como sé en carne propia que siempre se acaba por llorar, por ahora, si de un día para otro me muero, me encantaría que cantaran para mí, que es otra forma de llorar, que se tomaran una cerveza bien helada—si hace calor—y que quemaran mi última pila de

papeles para testimoniar, así, el fin de mis rondas.

somos varias mujeres las que queremos entretener nuestros últimos deseos, del mismo modo que compartimos tantos momentos de la vida.

SUB LA CORRIENTE

Llamamos “corriente submarina” a una zona de límites imprecisos, por la que circulan quehaceres, producciones culturales, prácticas políticas, cuyos circuitos no son los de la “corriente principal” de la cultura. En esta ocasión, encontramos allí una ponencia (de la cual publicamos un extracto) presentada por Coca Trillini en el Simposio Internacional, “Feminismo y Ecología: Perspectivas Histórico-Filosóficas”, realizado en Madrid, el 23 y 24 de Marzo 2001.

ESPIRITUALIDAD ECOFEMINISTA EN AMERICA LA- TINA

Coca Trillini

Una busca y es buscada

Quiero mostrar, en el comienzo, algunos hilos conductores con los que he ido tejiendo mi vida en los últimos 30 años. Miro mi urdimbre y veo con satisfacción el cambio de colores, texturas, grosores y me alegro de haberme atrevido.

Entre los años 70 y 80 mi vida religiosa y social estaba en la militancia de tiempo completo en y para las Comunidades Eclesiales de Base, espacio propio de la Teología de la liberación en Argentina. Lo que llamaba “El proyecto de Dios” organizaba mi vida y era feliz sin comprender lo que significa decidir. Representaba a la Diócesis de San Justo en la Coordinación Nacional de los Seminarios de Formación Teológica para laicos (no se hablaba de laicas) que se realizan una vez por año en Argentina. Era el espacio para continuar mi opción por los pobres hecha en la juventud y mantenida durante los años de dictadura militar. Allí comencé a sentir una insatisfacción que fue la

puerta a una crisis personal para la que no encontraba interlocución válida. Me hacía preguntas que creía sólo mías: ¿Por qué los caminos de la fe eran sólo sacrificiales? ¿Cómo era que mi cuerpo hablaba y yo no podía entenderlo? ¿Por qué tanto acento de pecado en la sexualidad?

Había descubierto que las diferencias entre las personas se jerarquizaban en contra de lo que decíamos. El ejemplo de esto lo tuve cuando pedí ser parte de la animación teológica de dichos seminarios y me contestaron con una sonrisa que disculpaba mi atrevimiento. Tiempo después comprendí lo que significaba que no soy varón, no soy cura, no tengo título de teóloga académica, y que mis esfuerzos y dedicación eran funcionales a quienes tenían legitimado hacer teología e interpretación bíblica.

Por ese entonces acompañé a un sociólogo al que se le había encargado hacer un estudio del modelo eclesiológico de las Comunidades Eclesiales de Base cuyos resultados agudizaron mis preguntas. Las comunidades repetían el modelo clerical, doctrinal y dogmático de la iglesia tradicional.

En esa época la lectura popular de la Biblia era la puerta a los grupos de mujeres, donde, primero yo misma y luego las otras, encontrábamos una praxis de Jesús que legitimaba nuestra validez de seres humanos. Aun en estos grupos

no nos asumíamos feministas, porque no podíamos soportar la exclusión que significaría dejar de ser “femeninas”.

Entre los años 90 y 92 nací definitivamente al feminismo de la mano de una mujer sencilla, tierna y audaz que en ese entonces era compañera de trabajo y que hoy es amiga de la vida. Los viernes por la tarde antes de partir a casa nos tomábamos un delicioso té y compartíamos entre varias de nosotras discusiones, búsquedas, insatisfacciones, que creíamos, en un principio, sólo tenían que ver con aspectos de lo laboral. Ella con paciencia artesanal nos conducía por laberintos de relaciones de género dejando al descubierto que hacía tiempo que éramos feministas, aunque no asumíamos esa identidad.

Con conciencia de la estructura patriarcal en el cristianismo llegué a la Urdimbre de Aquehua, Espacios para ser mujeres y Movimiento Mujer-Iglesia en Argentina. En algún sitio sobre la tierra debía poder reinventar la imagen de Dios, de Jesús, la Trinidad, el pecado, la gracia, etc. Un grupo pequeño, crítico y cuestionador me dio cabida para soñar. Otros dos hilos: dos acontecimientos que dieron un viraje a mi vida y la orientaron hacia el camino que hoy transito. El primero ocurrió durante una reunión ecuménica latinoamericana. Sin motivo aparente una mujer me regaló el primer número de una revista de teología

llamada Con-spirando. Se lo habían dado en Chile y en ese entonces yo pensaba que difícilmente viajaría a ese país. Hoy conozco algo de sus paisajes, tengo varias amigas, la cordillera nos contuvo en el primer Jardín Compartido y desde hace dos años transito un proceso de Espiritualidad y Ética Ecofeminista convocado por el colectivo Con-spirando.

El segundo acontecimiento me parió como ecofe-minista. En febrero del año 93 visitó la Argentina para dar un curso, Ivone Gebara. Título del curso: “La mujer y el hombre de hoy ante Jesús de Nazareth”. Allí viví una experiencia que marca el inicio de una nueva etapa en mis búsquedas, allí me apropié de “la certeza de no tener más certezas”.

Llegué a este curso con dolores en el alma, sin esperanzas para mis sueños y con la seguridad de que mis preguntas tenían que ver con algún pequeño grado de locura, pero locura al fin. Allí estaba Ivone Gebara, una teóloga brasileña que llega a Recife en 1973 y trabaja en el Instituto de Teología durante 17 años, en la Teología de la Liberación de América Latina. El Vaticano lo cierra en el año 1989 por considerarlo muy avanzado y no querer que los que iban a ser “consagrados” a Dios se mezclen con laicos y laicas. Ella, desde entonces, se transforma, para nuestro disfrute y enriquecimiento, en una teóloga nómade, respondiendo a las invitaciones

que se le hacen y siendo una vecina más en el barrio donde vive y escribe. En los años 80 comienza su camino hacia la teología feminista con lecturas de textos escritos por compañeras europeas y norteamericanas. Se permite sentir que en América Latina las cuestiones sobre la condición de la mujer y el patriarcado también tienen sentido y que la situación de pobreza es tan grande, que no hemos tenido espacio para hablar de eso. De pronto un aire fresco, una caricia tierna y un terremoto pasaron por mi vida en medio de la sierra, los cielos claros y las plantas de peperina. De la mano de esta Diosa Madre partera que no da más recetas, ni certezas, ni verdades únicas, ni dogmas, pude escuchar, nada más ni nada menos, que otra mujer dice en voz alta lo que yo y otras estábamos sintiendo, pensando, deseando.

Los sueños se han ido concretando

Aquí estamos, estas somos, entonces, algunas de nosotras: además de Ivone Gebara en Brasil, cabe mencionar al colectivo Con-spirando, a Rosa Dominga Trapasso y el colectivo Talitha Cumi en el Perú, a Safina Newbery y las compañeras de la Urdimbre de Aquehua en Argentina, a Graciela Pujol y el colectivo Caleidoscopio en Uruguay, a Gladys Parentelli y el colectivo Gaia en Venezuela. Quizás tu nombre también debiera

estar incluido en esta lista. Como siempre, el mapa no es el territorio.

Todas las mujeres aquí nombradas tenemos producción teológica en diversos artículos y testimonios no siempre publicados, pero existentes en nuestros cuerpos y vidas y es ahora Mary Judith Ressa quien, preparando su próxima tesis doctoral, intuye cambios en las conductas éticas y espirituales de las que nos definimos como ecofe-ministas. Ella espera “enriquecer las fuentes teológicas de América Latina por medio de la publicación de las historias/caminatas teológicas de estas mujeres”, y yo estoy convencida que así será.

Los sueños se han ido concretando en encuentros, espacios y procesos de conocimiento, caricias, reflexión, cantos, deconstrucción del sistema patriarcal, ritos, llantos, holismo teológico, género, asombro, relacionalidad, teología, contextualidad, diversidad, cuerpo, danzas, experiencias, ritos, masajes, ecología, afectividad, en un proceso que tiene estos hitos:

- 1996, Santiago, Chile: Mujeres de las Américas se reúnen en Santiago. “Esta reunión en Santiago fue la primera de una serie de reuniones descritas como un “taller teológico viajero o en movimiento” para mujeres de América del Sur y del Norte”. A partir de allí se concretan los Jardines Compartidos, un proyecto apoyado por el Colectivo Cons-pirando de Chile, Water

de los Estados Unidos y el Colectivo Pé No Chao de Brasil. En la convocatoria se invitaba a “explorar nuevos modelos de aprendizaje que apunten a involucrar a mujeres que han estado tradicionalmente excluidas de los programas de formación teológica. Las preguntas que nos estamos planteando hoy en día aunque son teológicas, cruzan otras disciplinas, como la filosofía, la antropología, la sicología, la ecología, la economía, la sociología, la literatura y el arte. Estas preguntas afectan también profundamente la fe y la espiritualidad”.

- 1997 Santiago, Chile: I Jardín Compartido: “Más allá de la violencia: solidaridad y ecofeminismo”.


- 1997 Washington DC: II Jardín Compartido: “Más allá de la violencia: teología feminista y solidaridad en la diversidad”.

- 1998 Recife, Brasil: III Jardín Compartido: “Más allá de la violencia: mujeres, solidaridad, fuerza de cambio”.

- 2000 El Quisco, Chile: I Escuela de espiritualidad y ética ecofeminista: “Mitos y poderes”.

- 2001 El Quisco, Chile: II Escuela de espiritualidad y ética ecofeminista: “Diosas y arquetipos”.

“La certeza de no tener más certezas” me tiene en guardia conmigo misma y con las otras para no crear nuevos dogmatismos espirituales, que con esas ganas de “hacerlo que nos dicen”, que hemos apren-

dido, nos hagan sentirnos más seguras. Hoy queremos ser felices y vivir la justicia en lo pequeño y cotidiano de nuestras vidas. Estas experiencias profundas abren la posibilidad de espacios espirituales diferentes: caminar a la luz de la luna, celebrar los ritmos de la naturaleza como parte de ella, conocerse, reír y llorar juntas, recuperar sabidurías milenarias y aborígenes, dialogar con nuestro cuerpo y el de las otras, nos da sentido, porque la vida misma tiene su dimensión espiritual. No queremos inventar una nueva escuela de espiritualidad: las relaciones humanas, el lugar donde vivimos, la comida, la salud nuestra y la del planeta, están unidas en una celebración permanente donde puedo saberme parte de un círculo dentro de un círculo, sin principio y sin final... 

Mortalidad, inmortalidad

Al enfrentarnos al tema de la mortalidad e inmortalidad nos hemos encontrado con una gran cantidad de escritos, y junto a ello, una vez más, se nos presenta un cúmulo de preguntas y reflexiones. Pareciera que, como en la mayoría de las áreas del conocimiento han sido los hombres quienes han trascendido con sus ideas y se han ocupado de tan grandes temas como la mortalidad y el “más allá”, no existieran escritos que sustentaran una visión de la mujer en dichas áreas. Pero las mujeres han estado experimentando la muerte de manera muy cercana, ya sea por los partos, el aborto, la muerte de los hijos, el cuidado de los enfermos y los ancianos, la preparación de los muertos para las ceremonias fúnebres, etc.

Situadas frente a esta paradoja de estar “construidas/os” por quienes pensaron el mundo y al mismo tiempo querer incidir en esta construcción de pensamiento, nos preguntamos: ¿Qué representaciones de la muerte nos son más coherentes? ¿A qué necesidad responde el tener una noción del “más allá”?

Una historia de la muerte

Desde la antropología, Thomas Louis Vincent nos ofrece una especie de “historia de la muerte”:

“Uno de los procedimientos más eficaces para oponerse a los efectos destructivos de la muerte parece ser, hacer de ella una aniquilación sólo de la apariencia sensible (perceptible), es decir, del individuo. La muerte se vuelve entonces el tránsito del individuo hacia lo colectivo, la comunidad de los antepasados. La muerte se define, desde

esta perspectiva, como transición, pasaje, cambio de estado; prueba iniciática (para el difunto que, caminando en el más allá, debe vencer dificultades múltiples, y esforzarse por merecer el status de antepasado, o, si prefiere, el renacimiento).

Como sólo por excepción se vio la muerte como destrucción total del ser, la creencia en la perdurabilidad de la persona aparece muy extendida. Esta creencia se encuentra muy particularmente en Africa: almas o fragmentos de almas, principios vitales, dobles, son susceptibles de amortabilidad, se conservan según modalidades extremadamente diversas y pueden mantener con los seres vivientes relaciones múltiples y variadas. En todo caso, parecería que estamos en presencia de una creencia universal: el Ka de los egipcios, el Rephaim de los hebreos, el Frevoli de los persas, el cuerpo astral de los espíritus modernos, representan elementos que escapan a la destrucción.

Sin embargo, la humanidad ha experimentado cambios profundos, en cuanto a la concepción de la muerte, en diferentes períodos de su historia. En épocas remotas el mundo de los vivos y el de los difuntos se diferenciaba más nítidamente, en el espacio (existía “el lugar de los muertos”), en las modalidades de vida (los difuntos perdían algunos rasgos antropomórficos) y en las relaciones (las manifestaciones de los muertos se volvían más discretas). Luego algunos difuntos privilegiados (fundadores de clanes, jefes) alcanzaban la condición de grandes antepasados, héroes civilizadores y, por último, de divinidades propiamente dichas, creadoras, omnipotentes, que

jamás han nacido ni morirán jamás. La filosofía griega, por su parte, hizo de la inmortalidad del alma una de las ideas básicas de sus sistemas. Para los kabyles, los difuntos son los *ilakherten*, es decir, “gentes de la eternidad”. Basta recordar, por último, de qué manera los filósofos espiritualistas y las religiones de la salvación (islamismo, cristianismo, sobre todo) han desarrollado y profundizado la creencia en la inmortalidad del alma, agregando una noción nueva, la resurrección”.

La preparación para la muerte

Marcia Starck, en su libro *Women's Medicine Ways, Cross Cultural Rites of Passage*, nos propone las siguientes reflexiones:

“Si el nacer es uno de los grandes misterios de la vida, la muerte es el enigma más difícil de entender. Si al nacer nos preguntamos dónde se origina el “yo”, al morir surge la misma pregunta sin respuesta: ¿adónde va el “yo”? Cada cultura y cada religión trata de resolver este acertijo. El don de la vida es tan placentero, que aceptamos y le damos la bienvenida a la nueva vida. Pero, ¿qué pasa cuando a esta vida se la lleva la muerte? ¿Por qué morimos? ¿Adónde vamos después de la muerte? ¿Hay vida después de la muerte? ¿Hay un alma, y si esto es así, ésta se reencarna en otro cuerpo?”

Sea cual sea la respuesta que demos a esta pregunta, Marcia Starck sostiene que “la preparación para el cruce es importante”:


“A aquéllas/os que están al borde de la muerte, y que tienen un tiempo limitado en este plano, debe permitírseles hacer todas aquellas cosas con las que disfrutaban y que antes no pudieron hacer —tantos placeres que cada día nos negamos con el fin de trabajar, o hacernos cargo de asuntos prácticos— en estos momentos todo se vuelve importante. Cuán vital es dar reconocimiento a aquéllos/as que nos importan y a quienes pocas veces le expresamos nuestro amor. El fin de la vida es un tiempo de ha-

blar abiertamente a aquéllos/as con quienes tenemos temas pendientes, inconclusos.

Pensar en la manera en que nos gustaría vivir las últimas semanas o días plantea preguntas sobre prioridades. Quizás deberíamos siempre vivir como si cada día fuera el último, así podríamos satisfacer nuestros más profundos deseos y comunicar nuestras más sentidas emociones. Ser amorosas/os con nosotras mismas y darnos placer —en todo aquello que disfrutamos hacer. Quizás lo más importante que podemos hacer cada día es estar abiertos/as y claros/as en todas nuestras relaciones. Si cada día camináramos con aquello que está en nuestro corazón, compartiendo abiertamente, como si no nos quedara más tiempo, no sentiríamos pesar o culpa acerca de lo que no hacemos o decimos.

Hay muchas prácticas espirituales que nos preparan para nuestro propio cruce. Lo que decidamos hacer dependerá de nuestra conciencia y cuán significativa sentimos que es nuestra muerte. Saber que tenemos esta elección nos empodera”.

Finalmente, en esta conversación incipiente que apenas comienza a desplegarse, que aquí se detiene y se abre, agregamos lo que nos dice Rosemary Radford Ruether:

“Necesitamos visualizarnos a nosotras/os mismas como una parte integral de una matriz dinámica de materia-energía en un proceso continuo de conversión y transformación. Nosotras/os también morimos; todas las células de nuestro cuerpo se desintegran regresando a la matriz de la materia-energía, para volver a surgir en una nueva forma, como parte de un gusano o un pájaro, de una flor o un niño”. 

Fuentes:

Thomas Louis Vincent. *Antropología de la Muerte*. Fondo de Cultura Económica: México, 1975.

Marcia Starck. *Women's Medicine Ways, Cross Cultural Rites of Passage*. EE.UU., 1993. Traducción: Luz María Villarroel.

Rosemary Radford Ruether. “Muerte y resurrección en la espiritualidad ecofeminista”. *Con-spirando* 10.

El descenso de Inanna

Ute Seibert

Durante la última Escuela de Espiritualidad y Ética Ecofeminista trabajamos sobre los arquetipos de las diosas. Uno de los arquetipos corresponde a la diosa sabia que incluye a la diosa oscura, el encuentro con la sombra, simbolizado muchas veces en un viaje de descenso.

En ocasiones hay una razón específica que inicia o pareciera iniciar el descenso: la pérdida de un ser querido, una ruptura, una enfermedad, la muerte de una persona, de un proyecto, el fin de una etapa, la crisis en la mitad de la vida...; en otras, aparentemente no existe ninguna causa —sólo un “llamado”.

El camino del descenso ha interpelado a la mística desde los inicios de la historia de la humanidad. En muchas sociedades tradicionales, los ritos de iniciación de las tribus son caracterizados por un descenso simbólico hacia y un ascenso desde el laberinto de la Madre Tierra. Estos rituales les dan a mujeres y hombres la experiencia de renacer en un plano espiritual.

Escogimos el viaje de Inanna, su descenso al submundo, su encuentro con su hermana oscura y posterior ascenso como propuesta y guía para nuestro propio viaje. Cuando realizamos la experiencia, esta formó parte de un proceso de diez días de trabajo y convivencia; se realizó pasada la mitad del encuentro y tuvimos toda una mañana para el ritual.

El siguiente texto cuenta primero el mito y luego describe los pasos realizados en este ritual de descenso, encuentro con la hermana oscura y ascenso. Este ritual se puede realizar también como imaginaria.

La historia de Inanna

Inanna es la diosa sumeria del cielo y de la tierra, diosa de la fertilidad y del amor; fue llamada con varios nombres, entre ellos Ishtar y Astarte. El mito de Inanna es rela-

tado en un ciclo de poemas, El Himno de Inanna, creados entre 3500 y 1900 a.C. y redactados alrededor de 1750 a.C.

La historia de Inanna sigue el mito de la diosa arquetípica, que pasa por las diferentes etapas de su vida de mujer. Está llena de símbolos. En su juventud la encontramos sentada bajo el Árbol de la Vida; es la etapa de la exploración, también de la domesticación de la naturaleza, donde ella adquiere fuerza humana y competencia. Luego aparece como la guerrera que realiza el viaje al chamán donde consigue los siete dones para gobernar, y se convierte en reina de Uruk.

En la próxima etapa se casa con Dumuzi, un pastor de ovejas; el poema relata este encuentro erótico y de disfrute de la sexual-

* El trabajo que forma la base de este relato fue elaborado por Doris Muñoz y Ute Seibert para la Escuela de Ética y Espiritualidad Ecofeminista, El Quisco, Chile, 2001.

lidad como parte del matrimonio sagrado. Luego Dumuzi se convierte en rey.

El descenso de Inanna

Inanna es la reina del cielo y de la tierra, pero no conoce el submundo. Hasta que “abre su oído” al submundo, su conocimiento es necesariamente limitado. En sumerio, la palabra para oído y sabiduría es la misma. El oído, que es localizado mayoritariamente en el interior y es enrollado como una espiral o un laberinto, acoge los sonidos y comienza a transformar lo imperceptible en significado.

El viaje de Inanna comienza en el momento en que ella abre sus oídos al Gran Abajo. En preparación de su viaje, Inanna junta los siete dones. Al igual que un héroe que toma ciertas armas talismánicas para asegurar su éxito, Inanna toma los siete poderes, transformados en una corona, joyas y un vestido para que le sirvan de protección. En el caso de que no volviera del submundo, Inanna instruye a Ninshubur, su acompañante y sirvienta, sobre la manera en que debe rescatarla.

En la puerta del submundo, le preguntan a Inanna por qué vino. Su primera respuesta es “por mi hermana mayor, Ereshkigal”, la segunda, más formal y ceremonial se refiere al deseo de “ser testigo” del funeral de Gugalanna (el marido de Ereshkigal).

Neti, el portero del submundo, le abre las puertas del submundo a Inanna. El descenso que Inanna comenzó en la tierra, al abandonar sus siete ciudades y sus siete templos, es continuado y tiene sus paralelos en el submundo. En cada una de las siete puertas (siete significa en accadio “plenitud”), Inanna es obligada a entregar cada uno de sus atributos terrenales. Inanna protesta, aunque entrega todos sus roles y atributos de reina, sacerdotisa y mujer. Su poder real, su oficio sacerdotal, sus poderes sexuales, no tienen valor en el submundo. Aquí tiene que entrar desnuda y agachada al encuentro con su hermana Ereshkigal.

Ereshkigal

Ereshkigal, la reina del submundo, vive en un reino seco y oscuro. Ella no escogió este lugar para vivir, pero le fue dado el submundo para su reino por los dioses. En el submundo, ella come barro y bebe agua sucia. No tiene compasión con las relaciones de otros, marido y mujer o padres e hijo. Su gran anhelo es su propia satisfacción sexual. Su sexualidad es compulsiva, insaciable y sin relación o descendencia.

De muchas maneras, Ereshkigal es el otro lado, el lado descuidado de Inanna. Por eso, cuando escucha acerca de la aparición en sus puertas de la “toda-blanca”, fértil y adorada diosa del amor, se enfurece, porque la luz, la gloria y el movimiento constante de Inanna han sido logrados en cierta manera a expensas de ella. Ereshkigal le ordena a Neti desvestir a la resplandeciente diosa de todo lo que ha realizado para que pueda experimentar lo que significa ser rechazada-incapaz de movimiento o relación.

Ereshkigal la mira fijamente y mata con su mirada a Inanna, que queda desnuda clavada en una estaca.

Cuando no regresa después de tres días, Ninshubur busca ayuda de los dioses para rescatarla. Enki, su abuelo materno y dios de la sabiduría, tiene compasión por su hija que está en dificultad. El no sólo valora el viaje emprendido por ella, sino que tampoco ha olvidado que Inanna es la reina del cielo y de la tierra y su existencia es vital para todas las tierras.

El retorno

Enki, el dios de la sabiduría, con la suciedad que tiene debajo de sus uñas, crea dos seres, los kurgarra y galatur, seres instintivos y asexuados, capaces de acompañar a Ereshkigal en su lamento.

Al mismo tiempo que Ereshkigal está llorando, Inanna se está muriendo. Ereshkigal quería la muerte de Inanna, pero casi no la puede soportar, porque Inanna es un lado de ella misma.

Cuando Ereshkigal llora, los kugurra y galatur la acompañan en su duelo. Ella está tan conmovida, que les ofrece a cambio los dones de la fertilidad y del crecimiento. Pero ellos piden sólo el cadáver de Inanna que les es concedido. Le tiran agua y comida e Inanna recobra la vida.

Una vez renacida, Inanna quiere salir inmediatamente; pero para poder salir debe encontrar a alguien que la reemplace. “Una parte de Inanna debe volver. Un camino de pasaje fue creado desde el Gran Arriba, el consciente, hacia el Gran Abajo, el inconsciente, y este debe mantenerse abierto. Inanna no debe olvidar su descuidada y abandonada “hermana” mayor, esa parte de ella misma que es Ereshkigal” (Wolkens-tein, 161).

La última parte del mito trata de la búsqueda de su sustituto en el submundo; mientras su sirvienta y sus dos hijos habían llorado su pérdida y se habían vestido de ropa de saco en señal de luto, Dumuzi, su marido, no se había percatado de su ausencia y se había apropiado del trono. Inanna lo mira con el ojo de la muerte y lo manda al submundo. La hermana de Dumuzi pide poder compartir con su hermano la vida en el submundo; Inanna acepta que Dumuzi pase la mitad del año en el submundo y la otra mitad con ella.

El ritual

Preparación

Después de haber leído la historia de Inanna, las mujeres se preparan para el descenso. Cada una se viste con algunos atributos que se asemejan a los siete poderes que Inanna vistió cuando inició el descenso: una corona, un cintillo, un anillo, un manto, además de un sostén, sus calzones y zapatos.

Todas salen afuera y en pequeños grupos (los ya habituales durante estos días de trabajo) se dirigen a la entrada de la parcela.

Desde allí, cada una en silencio, inicia el descenso, pasando por siete puertas (repartidas en el terreno, entre medio de los árboles o arbustos, cubiertas con telas) que se encuentran a lo largo del camino hasta terminar abajo en una quebrada.

En cada estación se entra por una puerta, y se le pide dejar un objeto que representa un poder o atributo. También cada una encuentra una serie de preguntas para meditar y escribir sus sensaciones y reflexiones en su bitácora.

Primera puerta: entregar la corona

¿Cómo es la corona? Cuando te la quitas, ¿qué parte de tu cuerpo queda desprotegida? ¿Qué significa la corona para ti? ¿Podría representar tu apego a la mente, a la racionalidad y a lo que ésta te dice sobre ti misma?

Segunda puerta: entregar el cintillo

¿Cómo es el cintillo? Cuando te lo quitas, ¿qué parte de tu cuerpo queda desprotegida? ¿Qué significa el cintillo para ti? ¿Podría representar las voces culturales y familiares que te dicen quien tienes que ser, —o tal vez sea tu necesidad de aprobación?

Tercera puerta: entregar el manto

¿Cómo es el manto? Cuando te lo quitas, ¿qué parte de tu cuerpo queda desprotegida? ¿Qué significa para ti? ¿Podría ser tu persona pública, la niña buena que siempre sonríe y representa su papel? ¿O quizás sea tu necesidad de poder y posición?

Cuarta puerta: entregar el sostén

¿Cómo es el sostén? Cuando te lo quitas, ¿qué parte de tu cuerpo queda desprotegida? ¿Qué significa para ti? ¿Cuáles son tus sentimientos reprimidos en relación a lo que más amas? ¿Y en relación a ti misma? ¿Qué afectos/relaciones te limitan?

Y ¿cómo limitas a otras personas por los afectos?

Quinta puerta: entregar el anillo

¿Cómo es el anillo? Cuando te lo quitas, ¿qué parte de tu cuerpo queda desprotegida? ¿Qué significa para ti? ¿Cuál es tu modo de controlar, y en qué forma te dejas someter?

Sexta puerta: entregar el calzón

¿Cómo es el calzón? Cuando te lo quitas, ¿qué parte de tu cuerpo queda desprotegida? ¿Qué significa para ti? ¿Podría representar la sexualidad reprimida, el placer no gozado, las heridas sexuales?

Séptima puerta: entregar los zapatos

¿Cómo son tus zapatos? Cuando te los quitas, ¿qué parte de tu cuerpo queda desprotegida? ¿Qué significan para ti? ¿Podrían significar tu conexión con tu cuerpo y con la tierra y cómo te mueves por la vida? ¿Con qué raíces más profundas de tu identidad te conectas al pisar la tierra?

Encuentro con la hermana oscura

Una vez terminado el descenso, se inicia el encuentro con la hermana oscura, el encuentro con la sombra.

Hay un espejo, una manta negra y una mujer vestida de negro con una máscara de madera. Al mirarse en el espejo, se ve también a la mujer oscura sentada detrás.

Has descendido hasta acá. Mírate en el espejo. ¿Cómo te ves? ¿Qué sientes?

El retorno

Luego, las mujeres se reúnen con su grupo. En lugares previamente preparados encuentran agua, frutas y aceite perfumado.

Has llegado acá para recuperarte. Las invitamos a compartir lo vivido. Todo lo que hay aquí es para disfrutarlo.


En este tiempo con su grupo, las mujeres

comparten lo vivido, algunas sólo el silencio, el abrazo, algunas se hacen un masaje. Es un primer momento de compartir las sensaciones e imágenes, de mirar el camino del descenso, de ver qué he dejado y qué sentí al hacerlo.

Más recuperadas, las mujeres inician luego el ascenso, una por una.

Van pasando por las mismas siete puertas donde van recuperando los objetos que habían dejado, siempre acompañado por la misma pregunta:

¿Qué de eso quiero recuperar y cómo? En este ascenso no sólo se recuperan los objetos dejados ahí; la idea es que se pueden recuperar de otra manera, que en este descenso y encuentro con la hermana oscura algo se ha comenzado a transformar y algo se ha ganado. Como símbolo de esta “ganancia” en cada puerta se saca un hilo de color (rojo, naranja, amarillo, verde, celeste, morado y blanco); al final se hace una trenza con todos ellos y cada mujer queda con una pulsera como signo de que ha hecho el descenso y ha regresado de este encuentro.

En grupos, las mujeres comparten lo vivido; cada una busca después sus propias maneras de elaborar este viaje, algunas escriben, otras vuelven a hacer el camino solas, volviendo a los lugares que necesitan visitar. 

Fuentes:

Diane Wolkenstein/Samuel Noah Kramer: *Inanna. Queen of Heaven and Earth*, Rider, London, 1994; en especial pp. 155-169.

Ver también: Maureen Murdock: *El viaje heroico de la mujer*, Gaia Ediciones, Madrid, 1998, pp. 80-94.

Ruthmary Powers: *Inanna: Poetry and Prose. Reflections on Feminist Theory*, 1991.

Elinor W. Gaddon: *The Once y Future Goddess*, Harper & Row Publishers, 1990.

CRISTIANISMO, POBREZA Y RIQUEZA EN EL SIGLO 21:

coloquio de nueva delhi

“Usted me pregunta qué es la pobreza. Está aquí, mirándole a usted a los ojos. ¡Míreme! Yo vivo sola. No tengo suficiente alimento. No tengo ropa ni alojamiento decente. No tengo agua limpia para beber. Mire mis piernas hinchadas. No puedo ir al consultorio de salud, está demasiado lejos para mí. Tengo que caminar una milla para tomar el bus. No puedo ver bien. No puedo cultivar la tierra. Así que no me pida que le diga lo que es la pobreza. Mire y vea por usted mismo”.

Abuela de Fiji.

Cincuenta y dos personas representantes de iglesias cristianas y de organizaciones de iglesias ecuménicas, a nivel mundial, llegaron a compartir en este Coloquio, el cual tuvo como anfitriones al Consejo Nacional de Iglesias de la India, y se realizó en Nueva Delhi, India, entre el 13 y el 18 de noviembre de 2000. Responsables de estudios de caso en Bangladesh, Chile, China (Hong Kong), Colombia, Fiji, Alemania, Ghana, Granada, India, Jamaica, Corea, Malasia, Namibia, Nicaragua, Palestina, Filipinas, Rusia, Sudáfrica y Uganda, trabajaron con el apoyo de un grupo o de una institución ecuménica. Realizaron entrevistas a personas “ricas” y “pobres” en congregaciones y comunidades, a funcionarios de gobierno, académicos, organismos no gubernamentales, líderes de iglesias y del sector privado. En el Coloquio informaron acerca de los modos cómo la pobreza y la riqueza son experimentados y comprendidos en sus países, cuáles son sus causas, cómo se relacionan con la enseñanza, con la misión y con el trabajo de las iglesias, qué acciones prácticas se han implemen-

tado y cuáles deberían ser las respuestas más apropiadas de las iglesias y sus organizaciones en los primeros años del siglo XXI. Además se prepararon informes respecto de la posición de desventaja de las mujeres en las situaciones de pobreza, respecto del culto y la liturgia y de cómo estos toman en consideración los temas de pobreza y justicia, y el rol jugado por el movimiento obrero, las instituciones empresariales y las Naciones Unidas. Cada persona responsable de un estudio de caso fue invitada a ser acompañada por otra persona de su país, de modo de enriquecer el debate. Adicionalmente, agencias ecuménicas del Norte y del Sur enviaron sus propios representantes. Se esperaba que, de esta forma, muchas voces podrían expresarse, directa e indirectamente, alrededor de una mesa común.

El Coloquio representó un paso fundamental en un proceso denominado “Proyecto 21” que comenzó el año 1997. Los temas de pobreza y riqueza han estado en la agenda de las Iglesias desde sus inicios y se han vuelto crecientemente prominentes en la agenda ecuménica con la influencia cada vez mayor de las Iglesias del Sur. En la actualidad, en que la globalización reemplaza al colonialismo y postcolonialismo, en que el capitalismo “triumfa” sobre el socialismo, y en que el debate ideológico da paso a enfoques más pragmáticos, se tienen menos certezas que en la década de 1960 respecto de cómo enfrentar estos temas, con más preguntas que respuestas. Hay situaciones relativamente nuevas que discutir, incluyendo los enfoques basados en derechos,

el cambio de roles y la creciente influencia, en algunos países, de las iglesias evangélicas, pentecostales y ortodoxas, la cooperación sur-sur, el desempleo, los conflictos, la violencia, la corrupción.

Los efectos de las reformas de libre mercado y del desarrollo tecnológico invaden todos los aspectos de la vida social. La pobreza persiste. El cambio de siglo, con sus esperanzas y sus temores, parece constituir un tiempo apropiado para retomar y reforzar el debate acerca de la respuesta ecuménica a la pobreza.

“Como mujer mapuche me preocupan mucho los avances tecnológicos. Pueden ser buenos, pero conllevan también una pérdida de valores, una pérdida de identidad. A mí me enseñaron los grandes valores de mi pueblo y yo trato de transmitirlos a mi familia. Pero en una sociedad que nos enseña a competir por más y más y a aparentar lo que no somos, nuestra identidad se está perdiendo”. Estudio de caso, Chile

Los 24 estudios de casos constituyeron el material básico para el trabajo del Coloquio. Su diversidad reflejó los contextos altamente específicos en los cuales se realizaron, tales como Palestina (conflicto árabe-israelí) Colombia (tráfico de drogas) y Alemania (unificación del Este y Oeste). No obstante, en la lectura de los informes y en las conversaciones entre l@s participantes se reconocieron muchas áreas de consensos y de preocupaciones compartidas. Tod@s estuvieron de acuerdo en que los pobres enfrentan perspectivas sombrías, que la pobreza tiene muchas dimensiones, que sus causas son tanto personales como estructurales, y que no se puede dar una respuesta adecuada sólo operando a nivel de la acción local o sólo a nivel de la abogacía y el cabildeo internacional.

En lo que se refiere al cristianismo, mientras en el Coloquio había unidad de criterio respecto de que los temas de injusticia y pobreza están en el centro del Evangelio y de la misión de la iglesia (“anunciar

buenas nuevas a los pobres”), los estudios de casos mostraban una gran diversidad de enseñanzas respecto de estos temas, a la vez que sugerían que muchos líderes y pastores están fallando en la prédica y en la identificación de las causas profundas de la injusticia, o en promover acciones más allá de la “caridad” o la bondad personal.

“Para una mujer pobre es mucho más difícil que para un hombre pobre sobrevivir y vivir, porque ella tiene que preocuparse de los hijos también”. Madre en Bielorusia

“El hecho de que algunas personas vivan en la riqueza mientras otras viven en la pobreza no sólo debería ser rechazado: es vergonzoso y escandaloso”. George Mulrain, Jamaica

Tal vez lo más impactante de todo fue la percepción común del Coloquio, compartida por los informes de casos, de que los efectos de la economía global sobre los pobres eran abrumadoramente negativos (creciente iniquidad, deshumanización, exclusión, postración social, espiritual y cultural, debilitamiento de las naciones-estados y de la gobernabilidad, pérdida de valores comunitarios, daño ambiental) y que para muchos pobres en el mundo las cosas estaban cada vez peores. Este renovado sentido de la escala y la urgencia de la tarea, llevó al Coloquio a definir cinco prioridades, una de las cuales fue combatir la riqueza excesiva y la avaricia, además de la pobreza.

“En un país tan fantásticamente rico como Namibia, que produce oro, diamantes, cobre y uranio, y tiene una de las áreas de pesca más rica del mundo, los infantes están muriendo de desnutrición. En la edad de la globalización, los peces capturados en Namibia son transformados en alimento para mascotas en los países industrializados... la infancia está muriendo para que las mascotas tengan alimentos”. Estudio de caso, Namibia

El Coloquio acordó continuar el trabajo



del ‘Proyecto 21’, dando énfasis a la difusión de sus resultados, con la intención de lograr influir en las agendas de agencias, iglesias y organismos ecuménicos. L@s representantes de América Latina planean enviar el documento de trabajo a varias organizaciones ecuménicas para ser discutido en sus asambleas anuales, escribir artículos para revistas y establecer un pequeño grupo de coordinación en pobreza y riqueza.

Fuente:

Documento de trabajo: un registro de nuestras palabras. Una base para nuestra acción. Diciembre, 2000. Representantes de Chile Samuel Palma y Josefina Hurtado. Cristianismo, Pobreza y Riqueza en el Siglo 21. Coloquio de Nueva Delhi. Noviembre, 2000.

II ESCUELA DE ESPIRITUALIDAD Y ETICA ECOFEMINISTA

La segunda Escuela de Espiritualidad y Etica Ecofeminista, organizada por el Colectivo Con-spirando, tuvo lugar en El Quisco, Chile, entre el 3 y el 13 de enero del 2001. Asistió un total de 43 mujeres de 10 países diferentes.

Al igual que el año pasado, el tema central de la Escuela fue “Mitos y Poderes”. Desde una perspectiva de género, seguimos examinando los mitos que atraviesan nuestra vida cotidiana: aquellos que hemos heredado de la cultura patriarcal en que habitamos.

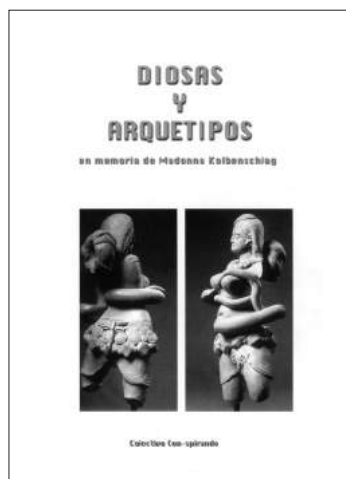
Este año nos hemos concentrado más sobre los cuatro arquetipos femeninos desarrollados por Toni Wolff, una discípula de Carl Jung. Estos son: la madre/dadora de vida, la compañera/amante, la guerrera/líder, la mujer sabia/bruja/chamana. Hemos examinado cada arquetipo en detalle—tanto su lado visible como su lado “oscuro”. También dimos una mirada panorámica a cada arquetipo desde una perspectiva teológica, ética, antropológica y

sicológica. Además hemos analizado algunas de las diosas y los mitos asociados con cada arquetipo, y cómo estos se manifiestan tanto en la vida diaria de cada una de nosotras, como en los diferentes ciclos de nuestra vida. Hemos puesto especial atención al proceso a través del cual el arquetipo se convierte en un estereotipo utilizado por la mirada patriarcal.

Lo ritual marcó fuertemente esta Escuela: una “caminata cósmica”; un rito paleolítico para conectarse con espíritus protectores; la recreación ritual del descenso de la diosa Inanna para encontrar a su hermana oscura; el laberinto; la fiesta céltica de la diosa Brígida, fueron algunos de estos momentos rituales. ¡Todas las que hemos asistido a esta Segunda Escuela, concluimos que hemos entrado en un momento/mundo sagrado!

RECURSOS

Lecturas para con-spirar



Diosas y Arquetipos, en memoria de Madonna Kolbenschlag

Colectivo Con-spirando, Santiago de Chile: 2001, 48 pp.

Este libro, recién publicado por el Colectivo Con-spirando, está dedicado a la memoria de Madonna Kolbenschlag (2 de Noviembre 1935-28 de Enero, 2000). Contiene los apuntes de sus reflexiones y las imágenes de las diosas como arquetipos que ella presentó en la primera Escuela de Espiritualidad y Ética Ecofeminista llevada a cabo en Chile en Enero, 2000.

También contiene su Salmo para las estaciones de la vida de una mujer y sus reflexiones sobre el Eclipse de lo femenino: el ánima reprimida en la cultura y la psiquis, primer capítulo de su último libro, *Al Este hacia Eva: Geografía del Alma* (New York: Crossroad, 1996).

Internacionalmente conocida como pensadora y escritora feminista, filósofa social, y psicóloga clínica, Madonna escribió seis libros; el más famoso de ellos, *Adiós a la Bella Durmiente*, es un clásico del estudio del mito y los cuentos de hadas desde una perspectiva feminista. Una apasionada mitóloga feminista, ella insistía en que los mitos “son como pozos profundos, antiguos, desde los cuales fluyen arroyos frescos y puros”. En sus últimos años, Madonna concentró sus investigaciones en las diosas que encontró en tantos mitos antiguos y recolectó ávidamente sus imágenes. Influenciada por el trabajo de Carl Jung y Toni Wolff acerca de los arquetipos, comenzó a categorizar a las diosas en las cuatro categorías arquetípicas femeninas de Wolff: la madre/dadora de vida; la compañera/amante; la guerrera/amazona, y la mujer sabia/chamana/bruja. Madonna

estaba ferozmente comprometida con la celebración de la diosa en sus múltiples encarnaciones. “Tú eres una diosa y todas las diosas te habitan”, le gustaba decir. Creía que nosotras las mujeres podemos encontrar las más altas aspiraciones de todo nuestro ser en las imágenes de las diosas—nuestra ternura, nuestra pasión, el deleite en nuestros cuerpos, nuestra inteligencia, nuestra capacidad de juego, nuestro poder político y espiritual.

Este libro —una joya de primicia, tanto en contenido, como sus láminas— pretende captar la profunda riqueza que descubrimos en las diosas. Contiene 34 imágenes—13 de ellas en color—de diferentes diosas de la colección de Madonna, categorizadas por ella en los cuatro campos de energía arquetípica. ¡Un libro esencial para tu colección de literatura feminista!

Puedes adquirirlo en:

Colectivo Con-spirando
Malaquías Concha 043,
Santiago, Chile.

Teléfonos: 2223001 - 6344498

Precio en Chile: \$ 8.000

Precio afuera de Chile: US\$ 20.
(incluye correo)

C *ontactos* *

Argentina

Mabel Filippini
CEASOL
Terrada 2324
1416 Buenos Aires
Tel : 54-1 503-3674
Fax: 54-1 503-0631

Coca Trillini
CDD/Buenos Aires
Casilla del Correo 205, Suc.25
1425 Buenos Aires
Buenos Aires
Cocatrillini@altavista.net

Alieda Verhoeven
Grupo Ecuénico
de Mujeres F.E.C.
Casilla 126,
Correo Central
5500 Mendoza
Fax: 54-0261-4254420

Australia

Maggie Escartin
P.O. Box 165
Hunters Hill, NSW, 2110
Fax: 612-9 879 7873
esks@one.net.au

Bolivia

Centro de Estudios y
Trabajo de la Mujer
Calle Junín 246
Casilla 4947, Cochabamba
Tel: 591-42-22719

Brasil

Ivone Gebara
Rua Luis Jorge dos Santos, 278
Tabatinga
54756-380 Camaragibe - PE
ivone@hotlink.com.br

Costa Rica

Janet W. May
U. Bíblica Latinoamericana
Apartado 901
1000 San José
janmay@racsa.co.cr

Ecuador

Hna. Elsie Monge
Comisión Ecuénica de
Derechos Humanos
Casilla 1703-720
Quito
cedhu@ecuanex.net.ec

Europa

Lene Sjørup
Skattebollevej 22
DK-5953 Tranekaer
Copenhagen
Dinamarca
lsjorup@post.tele.dk

Catherine Norris
Britain & Ireland School
of Feminist Theology
Rush Cottage
Wheldrake Lane
Crockey Hill
York, YO19 4SH
Inglaterra
Tel: 01904-624259

Estados Unidos

WATER
8035 13th Street
Silver Spring, MD 20910
Fax: 301 589-3150
water@hers.com

CAPACITAR

23 East Beach Street, Suit 206
Watsonville, CA 95076
Fax: 408 722-77043
capacitar@igc.apc.org

Nicaragua

Anabel Torres
"Cantera"
Apdo. A-52
Managua
Tel: 505-2775329
Fax: 505-2780103
cantera@nicarao.org.ni

México

Lourdes del Villar
Mujeres para el Diálogo
Apartado Postal 19-493
Col. Mixcóac
03910 México, D. F.

Perú

Rosa Dominga Trapasso
Talitha Cumi
Apartado 2211
Lima 100
Tel: 51-14-235852
creapozo@terra.com.pe

Venezuela

Gladys Parentelli
Apartado Postal 51.560
Caracas 1050 A
gparentelli@cantv.net

* **Las personas y/o grupos de este listado son nuestros contactos con las cuales puedes informarte más en detalle sobre nuestra revista, el colectivo Con-spi-rando y nuestras actividades del año.**



mitos y poderes



cuerpo y política



rituales: creaciones y poderes



muerres, pérdidas y duelo